

ULTIMO REINO

REVISTA DE POESIA

Año VII — N° 14

Buenos Aires

Enero - Junio 1985



ULTIMO REINO es una publicación semestral. Año VII, Nº 14, Buenos Aires, 1985. Registro de Propiedad Intelectual 93995. Segunda Serie. Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.

Correspondencia: Av. Juan B. Justo 3167; 1414-Buenos Aires. Tel.: 855-3472.

Los artículos firmados reflejan la opinión de sus autores y no necesariamente la de la Dirección de esta publicación.

Se autoriza la reproducción de textos e ilustraciones citando el nombre de la revista y del autor del artículo, y enviándose tres ejemplares de la publicación correspondiente a la redacción de **ULTIMO REINO**. Realizamos intercambios con revistas similares de todo el mundo. Próximo número: Noviembre de 1985.

Directores

Gustavo M. Margulies
Víctor F. A. Redondo

Consejo de Redacción

Horacio Zabaljauregui
Jorge O. Zunino
Mario Morales
Mónica Tracey
Guillermo Roig
Susana Villalba
María del Rosario Sola
María Julia De Ruschi
Roberto Scrugli
Pablo Narral
Tamayo Riveros

Colaboradores

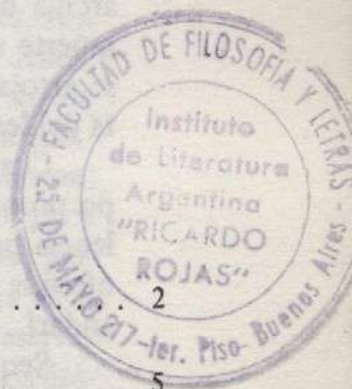
Enrique Blanchard, Diana Bellessi, Mirtha Defilpo, Américo Cristófalo, Olga Orozco, Andrea Gutiérrez, Daniel Chirom, Pablo Alabarces, Paul Stringa, Reynaldo Jiménez, Mauricio Pollastro, Samuel Zaidman, Carlos Schwartz, Beatriz Marín, Bernardo Schiavetta, Claudia Schliak.

Ilustración de tapa
Pablo E. Schugurensky

"Ninguno de nuestros sueños, ni la más tenebrosa de nuestras pesadillas, es superior a la suma total de fracasos que componen nuestro destino. Siempre iremos más lejos que nuestra más secreta esperanza, sólo que en sentido inverso, siguiendo la senda de los que cantan sobre las cataratas, de los que miden su propio engaño con la sabia medida del uso y del olvido."

Alvaro Mutis

índice



Saint-John Perse

Sequía 2

Horacio Zabaljauregui

La selva 5

Guillermo Roig

Fuga hacia el oeste 7

Satori en Roma 8

Navegaciones y ofrendas 9

Enrique Blanchard

Balada del cuerpo de la sombra 11

Diana Bellessi

Poema de Eroica 15

Murga 16

Alvaro Mutis

Oración de Maqroll 19

Una palabra 20

Moirologhia 21

Separata central: José Lezama Lima

Antología y Lezama Lima, festividad y utopía, por Américo Cristófalo 23 a 38

LA PUERTA:

Fernando Pessoa, por Horacio Zabaljauregui. *Fernando Pessoa como Coelho Pacheco*, por Tamayo Riveros. *Más allá de otro océano*, por Coelho Pacheco. *Llenar eternamente un tonel eternamente vacío*, por Mónica Tracey. *Tabaquería*, por Fernando Pessoa. *Alrededor de la creación poética*, por Olga Orozco. *Jorge Eduardo Eielson*, por Víctor Redondo. *Poemas de Emeterio Cerro*, *Andrea Gutiérrez y Eduardo Mileo*. *Notas de los autores, Libros y revistas recibidos* 39 a 64

Producción gráfica: HUR - Av. Juan B. Justo 3167,
1414 - Buenos Aires
Tel. 854-9982 / 855-3472

SAINT-JOHN PERSE

Sequía

Cuando la sequía haya estirado su piel de asno sobre la tierra y endurecido la arcilla blanca en las riberas del manantial, la sal rosada de las salinas anunciará la muerte roja de los imperios, y la hembra gris del atún, espectro de ojos de fósforo, se arrojará, ninfómana, sobre los hombres desnudos de las playas... ¡Fango escarlata del lenguaje, ya basta de presunción!

Cuando la sequía haya ocupado sus lugares en la tierra, conoceremos un tiempo propicio para los enfrentamientos del hombre: tiempo de exaltación y de insolencia para las grandes ofensivas del espíritu. La tierra ha depurado sus grasas y nos ofrenda su concisión. ¡Tomemos el relevo! ¡Recurramos al hombre y dejémoslo andar!

Sequía, ¡oh gracia! ¡Honor y lujo de los mejores! dinos la elección de tus elegidos... Sistro de Dios, sé nuestro cómplice. Aquí la carne nos condujo más cerca del hueso: ¡carne de langosta o de quelonio! Hasta el mar nos arroja sus husos de jibia y sus cintas de algas marchitas: eclipse y ausencia de toda carne, ¡esta es la hora de las grandes herejías!

Cuando la sequedad haya tendido su arco sobre la tierra, seremos a la vez la cuerda breve y la vibración lejana. Sequía, nuestro llamado y nuestro acercamiento... "Y yo, que soy el Elegido, tomé las armas en las manos: antorchas levantadas hacia todos los antros, ¡y que se aclare en mí la región de lo posible! Ese grito lejano del nacimiento es mi consonancia original".

Y la tierra demacrada lanzaba su inmenso grito de viuda escarnecida. Y fue un largo grito de usura y de fiebre. Y para nosotros fue tiempo de crecer y de crear... Sobre la tierra insólita de confines desérticos, donde viran al negro las blancuras, el espíritu llevaba su halo de claridad, y la tierra venenosa se afiebraba como un macizo de coral tropical...

¿Acaso no había en el mundo más color
que ese amarillo de pimienta?

"Enebros de Fenicia", más crespos que cabezas de moros o de nubias, y ustedes, grandes cipreses incorruptibles, guardianes de plazas fuertes y de islas edificadas para presos políticos con máscaras de hierro, ¿se quedarán todo este tiempo solos para consumir la sal negra de la tierra? Plantas feroces y zarzales regresan a los montes; la jarilla y el espinillo son peregrinos de los matorrales...

¡Ah, que tan sólo nos dejen
esa brizna de paja entre los dientes!

Oh Maia, dulce y sabia y Madre de todo sueño, conciliadora y mediadora entre las facciones terrenales, no tengas miedo al anatema ni a la condena en la tierra. Volverán los tiempos que reconstruyan el ritmo de las estaciones; las noches llevarán el agua ardiente a los pezones de la tierra. Las horas caminan delante de nosotros con pasos de alpargata, y, reticente, la vida trepará desde los refugios subterrá-

neos con su pueblo de fieles: sus "Lucilas" o moscones dorados de la carne, sus psocos, sus mitos, sus reduvios; y sus "Talitres" o pulgas de mar, bajo el alga de las playas con aroma de laboratorio. La Cantárida verde y la Lycena azul nos devolverán el acento y el color; y la tierra tatuada de rojo recubrirá sus grandes rosas impías, como las telas pintadas por las mujeres de Senegambia. Los herpes violáceos del lagarto viran bajo la tierra al negro de opio y de sepia... También han de volver hacia nosotros las bellas culebras visitadoras, que bajarán de las literas meneándose como la Sanseverina. Avisperos de Africa y Halcones apívoros verán qué hace la avispa en su madriguera de las barrancas. Y la Pájara mensajera seguirá buscando sobre la tierra el hombro señorial donde posarse...

¡Estalla, oh savia, que todavía te alimentas! El amor fluye de todas partes, aun bajo el hueso y bajo la córnea. Hasta la tierra cambia de corteza. ¡Venga el deseo, venga el bramido!, y el hombre, todo abismo, se inclina sin rencores sobre la noche de su corazón. Escucha, oh corazón fiel, ese latido subterráneo de un ala inexorable... Se despierta el sonido y pone a salvo los enjambres sonoros de su colmena; y el tiempo enjaulado nos hace oír a lo lejos su martilleo de pájaro carpintero. ¿Los gansos salvajes se alimentarán acaso en las orillas muertas de los arrozales, y los graneros públicos cederán una noche a la presión del oleaje popular?... Oh tierra de la consagración y del prodigio —tierra todavía pródiga al hombre hasta en sus reservas submarinas honradas por los Césares, ¡cuántas maravillas suben hacia nosotros desde el abismo de tus noches! Así, en la época de incubación de las tormentas —¿de verdad lo sabíamos?— los pequeños pulpos de las profundidades vuelven a subir con la noche hacia el rostro tumefacto de las aguas...

Las noches repetirán sobre la tierra la frescura y la danza: sobre la tierra osificada por brotes de marfil seguirán resonando sardanas y chaconas, y su obstinada voz de bajo nos irá preparando el oído para escuchar lo que suba desde las cámaras subterráneas. En el repiqueteo de los crótalos y el tacón de madera aún se deja oír, a través de los siglos, la danzarina gaditana que disipaba en Hispania el tedio de los procónsules romanos... Las lluvias nómades, venidas del Este, seguirán tintineando al compás del tamboril gitano, y los bellos chaparrones con que acaba el estío, llegados de alta mar en traje de gala, volverán a pasear por la tierra el ruedo de sus enaguas recamadas...

¡Oh movimiento hacia el Ser y renacimiento en el Ser! ¡Oh arenas, todas nómades!... y el tiempo sopla a ras del suelo... El viento que desplaza para nosotros la inclinación de los médanos quizá podrá mostrarnos a la luz del día la plaza donde fue moldeada durante la noche la cara del dios que allí dormía...

Sí, todo así será. Sí, volverán los tiempos que borren lo prohibido de la faz de la tierra. Pero hay un tiempo más que es de anatema, y una hora que aún es de blasfemia: entre fajas la tierra, la fuente bajo sellos... Deja de enseñar, oh sueño, y tú, memoria, deja de engendrar.

¡Avidas y mordaces sean nuestras horas nuevas! y perdidas queden en el campo de la memoria donde nunca ninguna se ocupó de espigar. ¡Corta la vida, corta la marcha, y la muerte nos recata! La ofrenda al tiempo ya no es la misma. Oh tiempo de Dios, llévanos la cuenta.

Nuestros actos nos preceden, y la desvergüenza nos impulsa: dioses y bellacos bajo el mismo rastrillo, mezclados para siempre en la misma familia. Y nuestras vías son comunes, y nuestros gustos son iguales — ¡ah todo ese fuego de un alma sin aroma que lleva al hombre hacia lo más hondo: a lo más lúcido, a lo más breve de sí mismo!

Agresiones del espíritu, piraterías del corazón —llegó la hora de la gran codicia. Ninguna oración sobre la tierra iguala nuestra sed; ninguna fluencia en nosotros obstruye la fuente del deseo. La sequía nos incita y la sed nos aguza. ¡Nuestros actos son parciales, nuestras obras parcelas! Oh tiempo de Dios, ¿serás al fin nuestro cómplice?

Dios se desgasta contra el hombre, el hombre se desgasta contra Dios. Y las palabras niegan su tributo al lenguaje: palabras sin misión y sin alianza, que devoran las hojas vastas del lenguaje, como a una hoja verde de morera, con una voracidad de insectos y de orugas... Sequía, oh gracia, dinos la elección de tus elegidos.

Ustedes, que hablan el dialecto de alguna sierra caucásica, saben qué cerca del suelo, al ras de la hierba y de la brisa, llega hasta el hombre el aliento de la divinidad en los tiempos de gran sequía y derrumbe de las piedras. ¡Oh sequedad, oh gracia! Mediodía, el ciego, nos ilumina: fascinación rastreadora del signo y del objeto.

Cuando la sequía haya aflojado su abrazo sobre la tierra, conservaremos de sus daños los dones más valiosos: la flacura y la sed y el favor de existir. “Y yo, dice el Llamado, me afiebraré con esta fiebre. Y el insulto del cielo fue en verdad nuestra suerte”. ¡Sequedad, oh pasión!, delicia y fiesta de los mejores.

Aquí estamos ahora en las ruinas del éxodo. A lo lejos, la tierra incendia sus aromas. Chisporrotea la carne hasta tocar el hueso. Detrás de nosotros se extinguen las comarcas, en pleno fulgor del día. Y la tierra al desnudo exhibe sus clavículas pardas, grabadas con signos desconocidos. Donde estaban el sorgo y el centeno humea la arcilla blanca, el color de las heces calcinadas.

Los perros se precipitan con nosotros por pistas engañosas. Y Mediodía el que Ladra busca a sus muertos en las zanjas colmadas de insectos migratorios. Pero nuestros caminos están del otro lado, nuestras horas son demenciales, y raídos de luz, ebrios de intemperie, henos aquí una noche, avanzando sobre la tierra de Dios como un pueblo de hambrientos que ha devorado sus semillas...

¡Transgresión! ¡transgresión! Nuestra marcha es tajante, descarada nuestra búsqueda. Y ante nosotros se alzan por sí mismas nuestras obras futuras, más breves e incisivas, y tal vez corrosivas.

Conocemos las leyes de lo agrio y de lo amargo. Más que de frutos de África o de especies latinas, nuestras viandas abundan en acidez, y nuestras despensas son precarias.

Oh tiempo de Dios, sé propicio para nosotros. Y de una llama de ajo quizá brote una noche el destello del genio. ¿Adónde corría él ayer, adónde correrá mañana?

Estaremos allí, y de los primeros, para poner en la tierra un cerco al fulgor de su hechizo. La aventura es enorme y nosotros la alentaremos. Aquí está ya la noche que corresponde al hombre.

Es por los siete huesos de la cara y la frente que el hombre se obstina en Dios y se empeña hasta el hueso, ¡sí, hasta que el hueso estalla!... Sueño de Dios, sé nuestro cómplice... “¡Simio de Dios, acaba con tus tretas!”

Traducción: Tomás Eloy Martínez y Gloria Alcorta.

HORACIO ZABALJAUREGUI

La selva

*la selva, motor inmóvil, anillo de deseos más rápidos
que la mirada no conoce la sombra
la selva olvido del horizonte, saliva vegetal, ojo animal
espesura de semen, boca extática y manía de furia
la selva, enumeración imposible en el ojo de su tormenta;
de aquel que no encontró eco a la orilla del estanque
sino pantano esperando para devorar alta mar de la selva
osario el oro y la fiebre del esplendor en las divergencias
caracol en el filo, sinuosa senda la sed,
consagrada por el hastío extenuante de los paraísos
árbol de pánico animal la selva como extática mortaja
oculta y encanta
la selva abre sus vísceras y colores obscenos
mientras la muerte reparte las máscaras para la danza
y todo es a la vez gusano y mariposa
la selva alimentando el ansia,
lo que tiene de luz la ilusión de la carne,
lo que escapa como hálito o viento del placer
y no reclama piedra, ni sombra
la selva sin ojo que la posea, sin astro luz herida negra
no vela destino habla se lame erecta
por el eco del gemido que devuelve el otro cuerpo arde
algo se debate en la selva por no volverse invisible.*

*la selva saliva animal, ojo vegetal
relámpagos laberintos en la lluvia la lenta humedad de la materia
la selva de nalgas tersas y pechos de antorcha
la selva haciendo el muerto en la enumeración imposible
porque así lee el destino en los oros de la fiebre
y se echa a soñar con bramido de hembra
la selva que no tiene ley sino rituales,*

ni oscura ni ambigua
desova sobre su imagen su carroza de bestias fantasmas
ensortijada como el pubis y su aroma de filtro de amor
sin lengua que posea sus pechos de frutos podridos
espesura sin memoria ni enumeración posible
manía no amanerada, pura pasión de lo que olvidó extinguirse
de lo que no fue conducido al borde del acantilado
y se le quitó la venda
ardid de la materia cenicienta y su manía vidente,
dulzona densidad de insectos, lámpara de savia y excrementos
la selva que echa a volar sus pájaros y colores obscenos
dispone las presas y extiende el laberinto de los ríos
estampa como tatuaje reguero estampida
ni ambigua, ni oscura,
de profusión extática, de enjambre, como el cadáver de Proteo
o el ahogado
desovando el polen de la luz
conservando lo que ha de adulterarse
como risa animal, fermento de la enredadera
que no tiene estatua, que no logra pararse sobre sus pies
erecta, puro horizonte en rastreo como de lengua, de ardid,
del fuego que consume sea fatuo o de artificio,
selva de enredadera abrasando los pechos frutos podridos
el fuego, su collar sin fin y la alta mar selva madre hipnótica
rastreras y errantes terminales del azar
pantano, enredadera o sirena bestia emboscada
conjuran la herida negra
el espejo insoportable de la selva,
inminente como acecho y requiebro
la selva
un deseo de furia, de manía vidente
inabarcable para los sentidos de la lengua.

GUILLERMO ROIG

Fuga hacia el oeste

Resumir

Abreviar

Gerundios sin forma

columnas de un patio hacia el Oeste

mediados de siglo

geranios fosforescentes contra el muro

máscaras del tiempo y carbones encendidos

Una historia

el perfume ácido de la noche

en las quintas al acecho

de astros

cinturones de piel mojados por el Río

la dura lana de los árboles respirando

pájaros blancos y presagios oscuros

Valerse por sí mismo

Habitaciones adornadas con hierro y dulce madera

música de años que resbalan

de periódicos viejos donde se miran espantados

protagonistas de acciones heroicas

y los poetas modernos

Camisas por una botella de ginebra

Dos

Huelen a polvo de pescado

huelen a pechos de papel sobre mármoles sangrientos

Muy cerca de la Estación Terminal

los habitantes de ese barrio leen a Dostoievsky

y beben cerveza caliente a la hora de la siesta

Dónde iba yo

con esa cara robada en el incendio de una iglesia

cómica leyenda de un pintor antiguo

como un sastre poseído por la enfermedad malaya

Bostezando con libros azules bajo el brazo

una edición barata de versos japoneses

Fotos opacas

Muchacha desnuda y perversa

con disfraz de mazmorra

y piernas húmedas

Quién dirigía mis pasos hacia el cementerio

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

más allá de los cercos
Ojos dilatados por el frío
Un café cognac Tres
Mientras rumiaba la historia de la cita en los suburbios
un número de posibles hechos
un pianista ciego al final de su jornada
Quién
caminaba la ciudad que no podía caminar
sin engendrar el crimen
Quién
Por qué junto a las tumbas
se presienten los aullidos de los años
La llamada del mundo que se cuece en los pantanos
Detenido Mudo
Una excursión para niños degenerados
Tempestad sobre el desierto blanco
Signos Signos
Tempestad

Satori en Roma

Las manos que arden en la copa blanca
Esa canción que fue metal en algún sitio
El invernadero de cristal
La desesperación
que se derrama en todos los objetos
Un matadero equino
La estatua de la Madonna
donde se sumerge el tiempo
Donde el pensamiento
es una antorcha embriagada

No meditamos

Miramos fijamente un hueso llamado
ojos de osos hipnotizados por un crisol

Navegaciones y ofrendas

La magia ¿Qué digo?

¿Voces en la calle?

La rueda del mundo pasa hoy muy cerca

Resbala en la ceniza que cae de mis ojos

No polvo de lágrima

No tristeza

El brillo de un puñal en la penumbra

cuando al final de la madriguera

se presienten los anillos concéntricos

que oprimen ese cuerpo

Dando vueltas en la escalera

La blusa ensangrentada Húmeda

Una lengua subterránea que palpita

Una carrera Los jadeos que pueden escucharse

No hay truco posible en ese acto

Ella se inclina sobre la criatura

conciente de la inutilidad del gesto

Sólo ruega entre dientes

poder llevar esa escena al papel

Rodearla de parques esmeraldas y tijeras

Es inútil

La confitería junto al puerto

Olor rancio de pan de pescado

y golosinas saladas

Otro cielo

La has visto con un hijo de año y medio
dices

otro de cinco meses en el vientre

palpitando

Una vida como la mía

Como la de otros

¿Quieres decir que es mi vida también?

¿Es ahí donde vivía?

¿Es ésa la palabra?

Un caballo ciego

Miren esto No puedo creerlo

Repetirlo ahora

Las paredes pintadas

Color miel

Hasta la altura de los hombros

Luego

Blanca

Sucia

Me miro
 Me miro en el espejo
y pregunto cómo puedo
Hasta cuándo seguiré fingiendo
Ahora
 no bebo más alcohol
Me limito
 a oler una botella de ron blanco
Ocho años Muy bueno O tendría que serlo
Me conformo pensando
esto es una trampa
Por si llega a serlo
 Para que no lo sea
Hago números
Escucho
los gatos rodando por la sala
Los ojos brillantes
Siempre sumo hacia atrás
Pequeñas colinas de aserrín que soplo
y borro con mis manos
No estoy de acuerdo con todo eso
Tablas de madera que entrelazo
una junto a la otra
atadas en círculos
triangulares
He grabado en ellas pequeñas historias
de los últimos cinco siglos
He comprobado que arrojándolas al mar
a la corriente cristalina de un río consagrado
separan sus figuras como una estrella
rota desde el centro o desde afuera o
rotan
 se alejan como letras confundidas
 caudales oscuros
y respiro
 reduciendo el aire
 el espacio
 se alejan
bailan solitarias
 con el mismo deseo en sus fibras
lejos
 navegando hacia adelante o hacia atrás
 sin flotar siquiera
 sin regresar
 sin pronunciar
 el secreto que se ahoga
 entre los Signos del Agua

ENRIQUE BLANCHARD

Balada del cuerpo de la sombra

Fajina de mi nobleza

garrido volatero que acechas ya no celadurías ni fámulos
cinco asesinos canes vienen a masticar el cuerpo desde orientes de la estrella sin

[colmillos

disfrázalo y corremuros

resuellan mímicas

dagas

galgos brillos

cuánta puja hasta tajear telones para esta lengua de transparente máscara

formula laberintos

10 celadas del día al día

ultima hoy sin encanto el ripio canto del aire

como si el flamear que habita no fuera más que el patíbulo aludido por ráfagas

[de polen y río-colmena en la ilusión del amo

como si no fuese probable un piramidal ambular de torsos en la oriunda corpu-

[lencia sin acuarelas

allá ustedes los que quejan decir a la cumbre del peso soportándose

tampoco verán su raudo hincar de nubes ni comprenderán las tumbas de filo

[y oro

Retorna harapienta la emergente de la hoguera

andrajosa mensajera de hontanares la olvidada

convocados de la distal tribu emigran condenados maldicientes en su donar nin-

[guna fama

Tiene jungla tu acechanza fajina de mi nobleza

20 cuántas arcas si al fin son plumas y cenizas

trueca celajes y muestra el diente

jungla y jaulas

ser ladrón cetrero tiente en otra frontal inocencia

la aparecida cabeza que cela el estatuario

su meditada eugenesia y su espontánea euritmia

tu andar de drama y tu estallido insano

su mirar de vida

cómo ofrendar tu aliabierta presa sin tumbas rubias y morenas

cómo no ser una sana serpiente de este mundo siendo en el que es cuerpo entre

[la fauna del calvero

30 ninguna piel

este elegir ninguna fama

¡tener un dios sin ahogarnos en la alba araña del légamo!

Calvero

canta cántaro cantera
el parto que el coro lega
apura llaga que lloro
y trueca calva partero

40

llanatorre legamosa
las agujas son culebras
las agujas lapo brillo
ser de agujas lato brillen

serpigo andariego vicio
páramo argentoazulado
gredoso y no proyectura
relámpago como pruina

Edades de piedra cuando las edades son de arena
clama

no surge el pie en el páramo y quedará rehén la estrella en nuestra espalda
edades de piedra queriendo un rostro de simiente

50 pero el desliz fosforescente de quietos rictus como pruinas y frías muecas de las
[umbras

aquí un revés de lapo brillo y el bosque mudo

piedra sobre piedra el desfile del arpón de sedes y de la arpella del deseo
entre mí mis uñas azar del laberinto

rigor de abejas o la abundancia del ciempiés fomentan torbellinos como el dia-
[mante que se pule valiéndose de su propia ruina

espiral vacuo del jactante estiércol

también polvo que destella polvo cuando la soberana luz del día miente eterni-
[dades y entre cobardías del oro su voraz filo escamotea

lluvia de harapos bastardos párpados solombras

otro zarpazo en el candil de falsos ojos

fabulación del andante

60 mochas visiones de soles —tu ausente cuna azul— mi reina oasis calva e irredenta
el fantasma y su límite el fantasma en su viento

zumba el misterio del cuerpo transparente su trama descalza y hace fundación
[fugaz la andanza

podrán tocar su piel cómo harán con esta savia...

y cometo vergüenzas sin pelambres

mi acechar bato

igualo al rayo

tropelista soy por sangres en la piedra no por artes

insano ha sido descriarse por centellas

que hay un cetrero que honores rinde y que amaestra de óxido y de olvido las
[agujas —estarse argento

70 ver ya mi presa donde encuentro ese palpar desnudo de fastuosas pieles y otras
[uñas horizontes

12

este ardid este ambular piramidal de agudos amarillos que rondan mi asombro
[y mi elegía
me desespera el simulacro de ópera antigua
añicos a un abismo de gargantas como hordas como anclajes
venga a mí la infancia de un paracaídas de inocencias en otra redimida acroba-
[cia de un ser modelo y estatuario y ya no légame
cuánto llaga bajar o levantar la vista en el calvero

Del frágil vacío encadenado a la nada no se done a tu encapirotado vuelo tro-
[feos de perversa alcurnia
con la exacta corpulencia de músculos y ensueños distinta alquimia arme a la
[ceguera del durmiente y sea este abismo ese infante silencio insinuado por
[flotantes de la orfandad del día
ronda la originaria exhalación
una revancha de ardores y fantasmas te penetre y predique sujeto abierto a nó-
[mades de imaginería estallante

80 ya no esgrimas tu mímica de alcándara
no ataques inocencias no vulneres inocencias no abandones inocencias
la vida extraviada retorne tras tropelías tramadas por concupiscentes guantes
un alba araña se deslinde también se evada en encomiendas granas

Tritura vuelos y aunque viaja no se acerca
no son virtud ni hazaña las barbas del erecto
a la presa cerca
a la presa apresada
la apabulla

indolente contempla con los brazos en jarra las tenazas que no anuncian otro
[paso

90 la argamasa mal esconde su desidia
sorbe eunuco la infinita ausencia
enfermo en la amplitud de su estatura embauca a los enanos que acuden por
[legiones sin entender la alta demanda
se aturden desprolijos y la fauna acoge al látigo que alienta el piramidal ascenso
armadas ilusiones en el bostezo del amo
dónde la ráfaga encumbrada que vuela el calvero abajo si entre abulias las garras
[del gigante aprisionan jaulas de oro y arcillas que la injustificable diferen-
[cia corcovea

cautivo celaje
poda de cejas
mirar calvo mirando
olvido del bosque

100 argenta melena del deseo pervirtió estériles cuerpos y sepultó cintarazos en ful-
[gurante acometida
un crespón de furias danza su danza en el calvero y el barbilampiño ingenuo y
[las indefensas trenzas sufren suerte en la contienda
que hay un páramo y el gigante agorero asido por colgantes de la nuca padece
[la inmortalidad de sus gestos
ya no se curva no se desdice

como un resbaladizo tótem harto del látigo descarta gamas de la pirámide enana
 ráfaga que no se roza en el abrazo o carcomidos romances fatigados de hoja de
 [oro entrebesos de ensalivadas jaulas los arneses
 todos sienten sed y él padece la inmortalidad de sus gestos
 quién merecerá la segunda muerte
 quién merecerá la sucesiva muerte que hay un páramo donde perforar su azul
 [de mieles y pronunciar aquel devorador buen día sin un abanico de hienas
 quedará su fama de adalid de mutismos y de histrión ilusionista
 110 allí su ruina y flagra sílabas de una saliva apenas como una herrumbre que con-
 [dena al libre y al diciente
 cómo volver aurora el desierto cielo sin una risa de león bifronte
 cómo no ser abundancia en su riqueza
 Cetrería de oro tropelía del horror
 afamada eficacia en el mundo los escombros
 la esperanza desecha a cada muerto paso la experiencia que simula no apren-
 [dida
 qué es lo que de ayer fue hoy y en qué rengo ambidiestro abrazo si sus brazos
 [en jarra son atroz mordaza y jaula
 pero ríe la andrajosa mensajera de hontanares cuando el gigante es otra vez ro-
 [deado por enanos
 quiebra del divo ombligo el cuerpo
 quita la venda
 120 no despliega ya el altivo su truculencia su amaestrada danza de ponientes y col-
 [millos
 cumple ritos escupe sangres se vacía
 paraliza y ensueña el rayo en la carroza de ciénagas
 quién duplica su certeza
 vuelve el signo de la copa y pensará ajenos los abruptos glúteos del triángulo
 [desnudo y el físico delta de abroquelados tactos
 como que el sol de ancas sucumbió por contemplar al embriagado
 ella no engaña
 convócala quienquiera que seas
 pulsa tambores ahogado de la estrélla y equilibra el pétreo oleaje de la lla-
 [meante fuente
 conmueve a tu pasión de alcándara a tu infame bambalina ya salva por un dis-
 [tinto celo
 130 no es de noche y es de noche
 me tuviste y no supiste darme cuenta
 quién dirá dónde se topan los sedientos si residen en mi deseo único que no me
 [pertenece / arrojo el guante
 aquí aventura de cosmos
 el ojo de palmeras abro
 allí siesta de siestas
 abro el ojo de palmeras entre brazos que no giran el planeta que me entregan
 [sin respuestas
 pero soy celeste: noche espera
 139 santo el santo que tritura su diadema

DIANA BELLESSI

Poema
(de su libro inédito "Eroica")

El texto
el cuerpo común avanza
y elige
la delicada sutileza de la piedra
para ser
un Pueblo
que cruza la gran distancia

Torsos oceánicos
colas nalgas de pez y de sirena
los pechos
que cruzaron
la niebla del agua
del sueño voraz el cuerpo
la imagen del texto vivo
atravesable partículas que laten
rosa rojo vivo
arenoso del mar
amniótico tiempo
sujeto a la gloria

Sólo ésta

Donde cae
el bretel
la bombachita rasgando los talones
el sí
pero no
el *ángel mío*
mi corazón
el peso
el macizo de pelos
en el centro
que cae
que entra

en mitad del texto

el Pueblo
 extiende su gesto
sus torsos oceánicos
muslos músculos dedos
 dientes el morador
 el mordedor

avanza
 y somos
 solos
 sólo ésta
la gloria

Murga

a *Los Funereros de San Martín*
y a *Los Viciosos de Villa Martelli*

Oreja apoyada en tierra
Latido
Palpitar del parche en la planta
del pie
Destello
Resuello rozando el estandarte
el terciopelo
Palpitar del parche
sagrado
Músculo tendón
torsión del hueso
sagrado
omóplato tendón
fémur
pelvis antebrazo
Expulsión de sangre
resuello
destello
dentellada de la muerte
que come el cuerpo
contorsión
sagrada

Aleteo de diablos
vírgenes
mariposas en el pecho
palpitar de tetas
tatuadas
por el mar potente
de lentejuelas
Terror del golpe
que invade el hueso
Hombro / antebrazo
brazo / falange
golpeando el vientre
el bombista trueno

llama
entra al centro
de la tierra
el fuego

bolas de fuego / inflamadas
en el aire

tragafuegos
piel aceitada de la cara
el pecho

contorsión de las piernas
como llamas en el aire

¡Atrás!
que el aire quema
de terror sagrado
¡Atrás!
los oficiantes llegan
con el orden férreo
del caos / desplazándose
Atrás
las mascotas

querubines de la muerte niña

avanzan

con su gesto de gracia por la calle cercada

Acrobacia

Expulsión del otro

encerrado en mí

Cara y contracara

agita el funebrero su ataúd

el murguero entrelazado

a la danza del bailarín mayor: el grupo

de danzantes sometidos

al terror del golpe

que invade el hueso

sagrado

sobre la testa
las pelucas
penachos de cortadera
alas
de la inmensa máscara
el cuerpo entero
una máscara
Hermosos pechos / de ciruela
estéril
menear preciso
seguido apenas por la larga capa
leopardo rozando el polvo
de sudor rociado
Vírgenes travestis
intocables sobre el altar

la calle

Y sólo atrás
las muchachas
morenas de ceñidas piernas
pies caderas hombros tetas
derramar del brillo
en millones de lentejuelas
satén tafeta
la espalda tensa
el arco antiguo
carcaj cargado
fantasma
desnudas caras
altivas y violentas
cierran el cortejo
Abren el cortejo
al Pueblo entero
devorado
por el terror del golpe
el bombo / que invade el hueso
sagrado

ALVARO MUTIS

Oración de Maqroll

*Tu as marché par les rues de chair.
Babylone.*

RENE CREVEL

No está aquí completa la oración de Maqroll el Gaviero. Hemos reunido sólo algunas de sus partes más salientes, cuyo uso cotidiano recomendamos a nuestros amigos como antídoto eficaz contra la incredulidad y la dicha inmotivada.

Decía Maqroll el Gaviero:

¡Señor, persigue a los adoradores de la blanda serpiente! Haz que todos conciban mi cuerpo como una fuente inagotable de tu infamia.

Señor, seca los pozos que hay en mitad del mar donde los peces copulan sin lograr reproducirse.

Lava los patios de los cuarteles y vigila los negros pecados del centinela. Engendra, Señor, en los caballos, la ira de tus palabras y el dolor de viejas mujeres sin piedad.

Desarticula las muñecas.

Ilumina el dormitorio del payaso, ¡oh Señor!

¿Por qué infundes esa impúdica sonrisa de placer a la esfinge de trapo que predica en las salas de espera?

¿Por qué quitaste a los ciegos su bastón con el cual rasgaban la densa felpa de deseo que los acosa y sorprende en las tinieblas?

¿Por qué impides a la selva entrar en los parques y devorar los caminos de arena transitados por los incestuosos, los rezagados amantes, en las tardes de fiesta?

Con tu barba de asirio y tus callosas manos, preside ¡oh fecundísimo! la bendición de las piscinas públicas y el subsecuente baño de los adolescentes sin pecado.

¡Oh Señor!, recibe las preces de este avizor suplicante y concédele la gracia de morir envuelto en el polvo de las ciudades, recostado en las graderías de una casa infame e iluminado por todas las estrellas del firmamento.

Recuerda Señor que tu siervo ha observado pacientemente las leyes de la manada.
No olvides su rostro.

Amén.

Una palabra

Cuando de repente en mitad de la vida llega una palabra jamás antes pronunciada,
una densa marea nos recoge en sus brazos y comienza el largo viaje entre la magia
recién iniciada,
que se levanta como un grito en un inmenso hangar abandonado donde el musgo
cobija las paredes,
entre el óxido de olvidadas criaturas que habitan un mundo en ruinas, una palabra
basta,
una palabra y se inicia la danza pausada que nos lleva por entre un espeso polvo
de ciudades,
hasta los vitrales de una oscura casa de salud, a patios donde florece el hollín y
anidan densas sombras,
húmedas sombras, que dan vida a cansadas mujeres.
Ninguna verdad reside en estos rincones y, sin embargo, allí sorprende el mudo
pavor
que llena la vida con su aliento de vinagre —rancio vinagre que corre por la mojada
despensa de una humilde casa de placer.
Y tampoco es esto todo.
Hay también las conquistas de calurosas regiones, donde los insectos vigilan la
copulación de los guardianes del sembrado
que pierden la voz entre los cañaduzales sin límite surcados por rápidas acequias
y opacos reptiles de blanca y rica piel.
¡Oh el desvelo de los vigilantes que golpean sin descanso sonoras latas de petróleo
para espantar los acuciosos insectos que envía la noche como una promesa de
vigilia!
Camino del mar pronto se olvidan estas cosas.
Y si una mujer espera con sus blancos y espesos muslos abiertos como las ramas
de un florido písamo centenario,
entonces el poema llega a su fin, no tiene ya sentido su monótono treno
de fuente turbia y siempre renovada por el cansado cuerpo de viciosos gimnastas.
Sólo una palabra
Una palabra y se inicia la danza
de una fértil miseria.

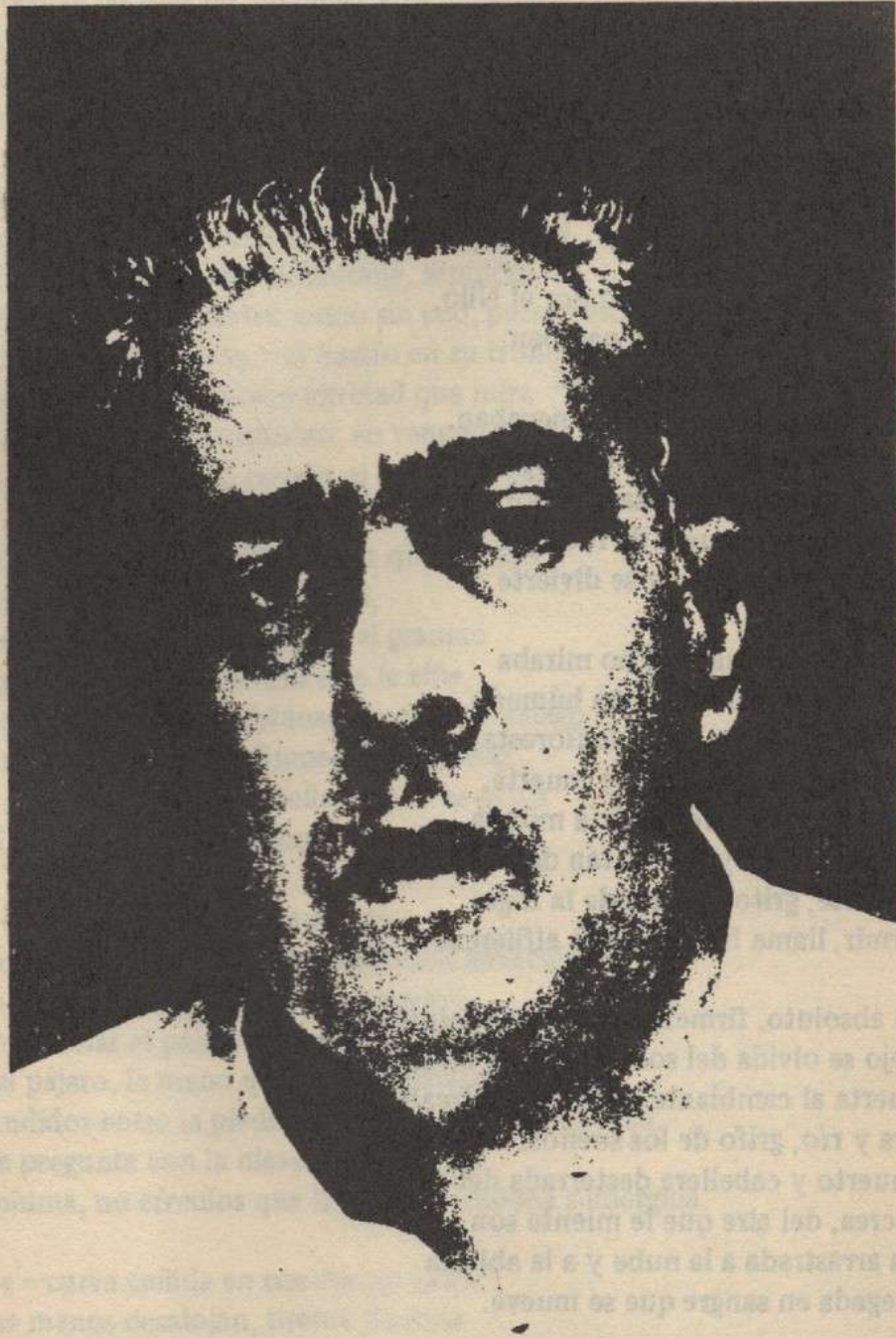
Moirologhia *

Un cardo amargo se demora para siempre en tu garganta
¡oh Detenido!
Pesado cada uno de tus asuntos
no perteneces ya a lo que tu interés y vigilia reclamaban
Ahora inauguras la fresca cal de tus nuevas vestiduras,
ahora estorbas, ¡oh Detenido!
Voy a enumerarte algunas de las especies de tu nuevo reino
desde donde no oyes a los tuyos deglutir tu muerte
y hacer memoria melosa de tus intemperancias.
Voy a decirte algunas de las cosas que cambiarán para ti,
¡oh yerto sin mirada!
Tus ojos te serán dos túneles de viento fétido, quieto, fácil, incoloro
Tu boca moverá pausadamente la mueca de su desleimiento.
Tus brazos no conocerán más la tierra y reposarán en cruz,
vanos instrumentos solícitos a la carie acre que los invade.
¡Ay, desterrado! Aquí terminan todas tus sorpresas,
tus ruidosos asombros de idiota.
Tu voz se hará del callado rastreo de muchas y diminutas bestias de color pardo,
de suaves derrumbamientos de materia polvosa ya y elevada en pequeños túmulos
que remedan tu estatura y que sostiene el aire sigiloso y ácido de los sepulcros.
Tus firmes creencias, tus vastos planes
para establecer una complicada fe de categorías y símbolos;
tu misericordia con otros, tu caridad en casa,
tu ansiedad por el prestigio de tu alma entre los vivos,
tus luces de entendido,
en qué negro hueco golpean ahora,
cómo tropiezan vanamente con tu materia en derrota.
De tus proezas de amante,
de tus secretos y nunca bien satisfechos deseos,
del torcido curso de tus apetitos,
qué decir, ¡oh sosegado!
De tu magro sexo encogido sólo mana ya la linfa rosácea de tus glándulas,
las primeras visitadas por el signo de la descomposición.
¡Ni una leve sombra quedará en la caja para testimoniar tus concupiscencias!
“Un día seré grande...”, solías decir en el alba
de tu ascenso por las jerarquías.
Ahora lo eres, ¡oh Venturoso! y en qué forma.
Te extiendes cada vez más
y desbordas el sitio que te fuera fijado

* *Moirologhia* es un lamento o treno que cantan las mujeres del Peloponeso alrededor del féretro o tumba del difunto.

en un comienzo para tus transformaciones.
Grande eres en olor y palidez,
en desordenadas materias que se desparraman y te prolongan.
Grande como nunca lo hubieras soñado,
grande hasta sólo quedar en tu lugar, como testimonio de tu descanso,
el breve cúmulo terroso de tus cosas más minerales y tercas.
Ahora, ¡oh tranquilo desheredado de las más gratas especies!,
eres como una barca varada en la copa de un árbol,
como la piel de una serpiente olvidada por su dueña en apartadas regiones.
como joya que guarda la ramera bajo su colchón astroso,
como ventana tapiada por la furia de las aves,
como música que clausura una feria de aldea,
como la incómoda sal en los dedos del oficiante,
como el ciego ojo de mármol que se enmohece y cubre de inmundicia,
como la piedra que da tumbos para siempre en el fondo de las aguas,
como trapos en una ventana a la salida de la ciudad,
como el piso de una triste jaula de aves enfermas,
como el golpe a un caballo ciego,
como el éter fétido que se demora sobre los techos,
como el lejano gemido del zorro
cuyas carnes desgarran una trampa escondida a la orilla del estanque,
como tanto tallo quebrado por los amantes en las tardes de verano,
como centinela sin órdenes ni armas,
como muerta medusa que muda su arco iris por la opaca leche de los muertos,
como abandonado animal de caravana,
como huella de mendigos que se hunden al vadear una charca que protege su
refugio,
como todo eso ¡oh varado entre los sabios cirios!
¡Oh surto en las losas del ábside!

LEZAMA LIMA



Trocadero 16a, Luján

L. Lezama

MUERTE DE NARCISO

Dánae teje el tiempo dorado por el Nilo,
envolviendo los labios que pasaban
entre labios y vuelos desligados.
La mano o el labio o el pájaro nevaban.
Era el círculo en nieve que se abría.
Mano era sin sangre la seda que borraba
la perfección que muere de rodillas
y en su celo se esconde y se divierte.

Vertical desde el mármol no miraba
la frente que se abría en loto húmedo.
En chillido sin fin se abría la floresta
al airado redoble en flecha y muerte.
¿No se apresura tal vez su fría mirada
sobre la garza real y el frío tan débil
del poniente, grito que ayuda la fuga
del dormir, llama fría y lengua alfilerada?

Rostro absoluto, firmeza mentida del espejo.
El espejo se olvida del sonido y de la noche
y su puerta al cambiante pontífice entreabre.
Máscara y río, grifo de los sueños.
Frío muerto y cabellera desterrada del aire
que la crea, del aire que le miente son
de vida arrastrada a la nube y a la abierta
boca negada en sangre que se mueve.

Ascendiendo en el pecho sólo blanda,
olvidada por un aliento que olvida y desentraña.
Olvidado papel, fresco agujero al corazón
saltante se apresura y la sonrisa al caracol.

La mano que por el aire líneas impulsaba,
seca, sonrisas caminando por la nieve.
Ahora llevaba el oído al caracol, el caracol
enterrando firme oído en la seda del estanque.

Granizados toronjiles y ríos de velamen congelados,
aguardan la señal de una mustia hoja de oro,
alzada en espiral, sobre el otoño de aguas tan hirvientes.
Dócil rubí queda suspirando en su fuga ya ascendiendo.
Ya el otoño recorre las islas no cuidadas, guarnecidas
islas y aislada paloma muda entre dos hojas enterradas.
El río en la suma de sus ojos anunciaba
lo que pesa la luna en sus espaldas y el aliento que en halo convertía.

Antorchas como peces, flaco garzón trabaja noche y cielo,
arco y cestillo y sierpes encendidos, carámbano y lebrel.
Pluma morada, no mojada, pez mirándome, sepulcro.
Ecuestres faisanes ya no advierten mano sin eco, pulso desdoblado:
los dedos en inmóvil calendario y el hastío en su trono cejijunto.
Lenta se forma ola en la marmórea cavidad que mira
por espaldas que nunca me preguntan, en veneno
que nunca se pervierte y en su escudo ni potros ni faisanes.

Como se derrama la ausencia en la flecha que se aísla
y como la fresa respira hilando su cristal,
así el otoño en que su labio muere, así el granizo
en blando espejo destroza la mirada que le ciñe,
que le miente la pluma por los labios, laberinto y halago
le recorre junto a la fuente que humedece el sueño.
La ausencia, el espejo ya en el cabello que en la playa
extiende y al aislado cabello pregunta y se divierte.

Fronda leve vierte la ascensión que asume.
¿No es la curva corintia traición de confitados mirabeles,
que el espejo reúne o navega, ciego desterrado?
¿Ya se siente temblar el pájaro en mano terrenal?
Ya sólo cae el pájaro, la mano que la cárcel mueve,
los dioses hundidos entre la piedra, el carbunclo y la doncella.
Si la ausencia pregunta con la nieve, desmayada,
forma en la pluma, no círculos que la pulpa abandona sumergida.

Triste recorre —curva ceñida en ceniciento airón—
el espacio que manos desalojan, timbre ausente
y avivado azafrán, tiernos redobles sus extremos.
Convocados se agitan los durmientes, fruncen las olas
batiendo en torno de ajedrez dormido, su inseputla tiara.
Su inseputla madera blanda el frío pico del hirviente cisne.

Reluce muelle: falsos diamantes; pluma cambiante: terso atlas.
Verdes chillidos: juegan las olas, blanda muerte el relámpago en sus venas.

Ahogadas cintas mudo el labio las ofrece.
Orientales cestillos cuelan agua de luna.
Los más dormidos son los que más se apresuran,
se entierran, pluma en el grito, silbo enmascarado, entre frentes y garfios.
Estirado mármol como un río que recurva o aprisiona
los labios destrozados, pero los ciegos no oscilan.
Espirales de heroicos tenores caen en el pecho de una paloma
y allí se agitan hasta relucir como flechas en su abrigo de noche.

Una flecha destaca, una espalda se ausenta.
Relámpago es violeta si alfiler en la nieve y terco rostro.
Tierra húmeda ascendiendo hasta el rostro, flecha cerrada.
Polvos de luna y húmeda tierra, el perfil desgajado en la nube que es espejo.
Frescas las valvas de la noche y límite airado de las conchas
en su cárcel sin sed se destacan los brazos,
no preguntan corales en estrías de abejas y en secretos
confusos despiertan recordando curvos brazos y engaste de la frente.

Desde ayer las preguntas se divierten o se cierran
al impulso de frutos polvorosos o de islas donde acampan
los tesoros que la rabia esparce, adula o reconviene.
Los donceles trabajan en las nueces y el surtidor de frente a su sonido
en la llama fabrica sus raíces y su mansión de gritos soterrados.
Si se aleja, recta abeja, el espejo destroza el río mudo.
Si se hunde, media sirena al fuego, las hilachas que surcan el invierno
tejen blanco cuerpo en preguntas de estatua polvorienta.

Cuerpo del sonido el enjambre que mudos pinos claman,
despertando el oleaje en lisas llamaradas y vuelos sosegados,
guiados por la paloma que sin ojos chilla,
que sin clavel la frente espejo es de ondas, no recuerdos.
Van reuniendo en ojos, hilando en el clavel no siempre ardido
el abismo de nieve alquitarada o gimiendo en el cielo apuntalado.
Los corceles si nieve o si cobre guiados por miradas la súplica
destilan o más firmes recurvan a la mudez primera ya sin cielo.

La nieve que en los sistros no penetra, arguye
en hojas, recta destroza vidrio en el oído,
nidos blancos, en su centro ya encienden tibios los corales,
huidos los donceles en sus ciervos de hastío, en sus bosques rosados.
Convierten si coral y doncel rizo las voces, nieve los caminos,
donde el cuerpo sonoro se mece con los pinos, delgado cabecea.
Mas esforzado pino, ya columna de humo tan aguado
que canario es su aguja y surtidor en viento desrizado.

Narciso, Narciso. Las astas del ciervo asesinado
son peces, son llamas, son flautas, son dedos mordisqueados.
Narciso, Narciso. Los cabellos guiando florentinos reptan perfiles,
labios sus rutas, llamas tristes las olas mordiendo sus caderas.
Pez del frío verde el aire en el espejo sin estrías, racimo de palomas
ocultas en la garganta muerta: hija de la flecha y de los cisnes.
Garza divaga, concha en la ola, nube en el desgaire,
espuma colgaba de los ojos, gota marmórea y dulce plinto no ofreciendo.

Chillidos frutados en la nieve, el secreto en geranio convertido.
La blancura seda es ascendiendo en labio derramada,
abre un olvido en las islas, espadas y pestañas vienen
a entregar el sueño, a rendir espejo en litoral de tierra y roca impura.
Húmedos labios no en la concha que busca recto hilo,
esclavos del perfil y del velamen secos el aire muerden
al tornasol que cambia su sonido en rubio tornasol de cal salada,
busca en lo rubio espejo de la muerte, concha del sonido.
Si atraviesa el espejo hierven las aguas que agitan el oído.
Si se sienta en su borde o en su frente el centurión pulsa en su costado.
Si declama penetran en la mirada y se fruncen las letras en el sueño.

Ola de aire envuelve secreto albino, piel arponeada,
que coloreado espejo sombra es del recuerdo y minuto del silencio.
Ya traspasa blancura recto sinfín en llamas secas y hojas lloviznadas.
Chorro de abejas increadas muerden la estela, pídenle el costado.
Así el espejo averiguó callado, así Narciso en pleamar fugó sin alas.

RAPSODIA PARA EL MULO

Con qué seguro paso el mulo en el abismo.

Lento es el mulo. Su misión no siente.
Su destino frente a la piedra, piedra que sangra
creando la abierta risa en las granadas.
Su piel rajada, pequeñísimo triunfo ya en lo oscuro,
pequeñísimo fango de alas ciegas.
La ceguera, el vidrio y el agua de tus ojos
tienen la fuerza de un tendón oculto,
y así los inmutables ojos recorriendo
lo oscuro progresivo y fugitivo.
El espacio de agua comprendido
entre sus ojos y el abierto túnel,
fija su centro que le faja
como la carga de plomo necesaria
que viene a caer como el sonido
del mulo cayendo en el abismo.

Las salvadas alas en el mulo inexistentes,
más apuntala su cuerpo en el abismo
la faja que le impide la dispersión
de la carga de plomo que en la entraña
del mulo pesa cayendo en la tierra húmeda
de piedras pisadas con un nombre.
Seguro, fajado por Dios,
entra el poderoso mulo en el abismo.

Las sucesivas coronas del desfiladero
—van creciendo corona tras corona—
y allí en lo alto la carroña
de las ancianas aves que en el cuello
muestran corona tras corona.
Seguir con su paso en el abismo.
El no puede, no crea ni persigue,
ni brincan sus ojos
ni sus ojos buscan el secuestrado asilo
al borde preñado de la tierra.
No crea, eso es tal vez decir:
¿No siente, no ama ni pregunta?
El amor traído a la traición de alas sonrosadas,
infantil en su oscura caracola.
Su amor a los cuatro signos
del desfiladero, a las sucesivas coronas
en que asciende vidrioso, cegato,

como un oscuro cuerpo hinchado
por el agua de los orígenes,
no la de la redención y los perfumes.
Paso es el paso del mulo en el abismo.

Su don ya no es estéril: su creación
la segura marcha en el abismo.
Amigo del desfiladero, la profunda
hinchazón del plomo dilata sus carrillos.
Sus ojos soportan cajas de agua
y el jugo de sus ojos
—sus sucias lágrimas—
son en la redención ofrenda altiva.
Entontado el ojo del mulo en el abismo
y sigue en lo oscuro con sus cuatro signos.
Peldaños de agua soportan sus ojos,
pero ya frente al mar
la ola retrocede como el cuerpo volteado
en el instante de la muerte súbita.
Hinchado está el mulo, valerosa hinchazón
que le lleva a caer hinchado en el abismo.
Sentado en el ojo del mulo,
vidrioso, cegato, el abismo
lentamente repasa su invisible.
En el sentado abismo,
paso a paso, sólo se oyen,
las preguntas que el mulo
va dejando caer sobre la piedra al fuego.

Son ya los cuatro signos
con que se asienta su fajado cuerpo
sobre el serpentín de calcinadas piedras.
Cuando se adentra más en el abismo
la piel le tiembla cual si fuesen clavos
las rápidas preguntas que rebotan.
En el abismo sólo el paso del mulo.
Sus cuatro ojos de húmeda yesca
sobre la piedra envuelven rápidas miradas.
Los cuatro pies, los cuatro signos
maniatados revierten en las piedras.
El remolino de chispas sólo impide
seguir la misma aventura en la costumbre.
Ya se acostumbra, colcha del mulo,
a estar clavado en lo oscuro sucesivo;
a caer sobre la tierra hinchado
de aguas nocturnas y pacientes lunas.
En los ojos del mulo, cajas de agua.

Aprieta Dios la faja del mulo
y lo hincha de plomo como premio.
Cuando el gamo bailarín pellizca el fuego
en el desfiladero prosigue el mulo
avanzando como las aguas impulsadas
por los ojos de los maniatados.
Paso es el paso del mulo en el abismo.

El sudor manando sobre el casco
ablanda la piedra entresacada
del fuego no en las vasijas educado,
sino al centro del tragaluz, oscuro mente.
Su paso en la piedra nueva carne
formada de un despertar brillante
en la cerrada sierra que oscurece.
Ya despertado, mágica sogas
cierra el desfiladero comenzado
por hundir sus rodillas vaporosas.
Ese seguro paso del mulo en el abismo
suele confundirse con los pintados guantes de lo estéril.
Suele confundirse con los comienzos
de la oscura cabeza negadora.
Por ti suele confundirse, descastado vidrioso.
Por ti, cadera con lazos charolados
que parece decirnos yo no soy y yo no soy,
pero que penetra también en las casonas
donde la araña hogareña ya no alumbra
y la portátil lámpara trasladada
de un horror a otro horror.
Por ti suele confundirse, tú, vidrio descastado,
que paso es el paso del mulo en el abismo.

La faja de Dios sigue sirviendo.
Así cuando sólo no es chispas, la caída
sino una piedra que volteando
arroja el sentido como pelado fuego
que en la piedra deja sus mordidas intocables.
Así contraída la faja, Dios lo quiere,
la entraña no revierte sobre el cuerpo,
aprieta el gesto posterior a toda muerte.
Cuerpo pesado, tu plumada entraña,
inencontrada ha sido en el abismo,
ya que cayendo, terrible vertical
trenzada de luminosos puntos ciegos,
aspa volteando incesante oscuro,
has puesto en cruz los dos abismos.

Tu final no siempre es la vertical de dos abismos.
Los ojos del mulo parecen entregar
a la entraña del abismo, húmedo árbol.
Arbol que no se extiende en acanalados verdes
sino cerrado como la única voz de los comienzos.
Entontado, Dios lo quiere,
el mulo sigue transportando en sus ojos
árboles visibles y en sus músculos
los árboles que la música han rehusado.
Arbol de sombra y árbol de figura
han llegado también a la última corona desfilada.
La sogá hinchada transporta la marea
y en el cuello del mulo nadan voces
necesarias al pasar del vacío al haz del abismo.

Paso es el paso, cajas de aguas, fajado por Dios
el poderoso mulo duerme temblando.
Con sus ojos sentados y acuosos,
al fin el mulo árboles encaja en todo el abismo.

DADOR
(Fragmento)

El apresamiento del objeto envuelve su nevada cornamenta
en el otro brazo que golpea la loanza neptuniana,
y lo que secuestra el objeto en la irisación de sus bromas destempladas,
es el cínife que rompió el memorial de la mirada en la boca de la jarra.
Los ondulantes ceremoniales del áspid trepando por el pecho del vaciado,
van desacordando hilacha por escama, gruñidos del barro
recogidos por la lanza en el turbante genuflexo de la remera aguadora.
La primera sustitución del escudo de Aquiles por la copa sin vino,
no obtuvo en su disfraz el objeto en su tegumento selenita,
las hilachas y los remolinos se adormecían al tropezar
lentamente con la corteza del adolescente dios arbóreo
y la semilla en la boca de los muertos enguinaldó su estornudo.
El chocarrero choque de las nubes aventaría los recuerdos,
engrudo nemónico desaparecido al rastro del ratón
y recibido en la camerata de Nu el Canciller y sus doce durmientes,
cambiando la empuñadura de la serpiente por sus bisbiseos
en las salas hipóstilas donde los irisados simios descifradores
trepan la estalactita que comunica la bañera de la reina
con los disfraces manga valona de la sala de armas.
La librea repulgente de nuestros citaredos simios escanciadores,
sabe ya también que el doble ondula en el bigote
fosfórico del gato y que el *miau* trenza su cadeneta
en el *cómo* del aliento comunicado.
En la escritura de la aguada sobre la seda
desenrollada a lo largo del río con las hojas
estampadas por el gallo embadurnado,
el ideograma del bambú tiene la obligada compañía
del tigre, escarbador del espacio elástico,
y los emblemas emigrantes del pino
se ladean para perseguir los escasos trazos de la cigüeña japonesa.
Así la escritura borra el análogo que necesita la visión
y el *puesto ahí* fatalmente es el innumerable rechazador.
La fisura en la piedra, obturada por el espíritu de las lluvias
—dejada por el gajo de pino en su feudal imaginación
o por el arañazo del ligero recelo guarnecido—;
la mano inquiera el armonio de inapresable pequeñez
y el vuelco de sus ojos y sonos,
cae como la cascada que el esturión desaloja
para enterrarse en el movimiento.
Las evaporaciones de la médula somnífera
le han revelado que un solo ideograma
significa *pelambre, pellejo, piel, despejar y desollar*,
que al lado de un bambu no se puede pintar una golondrina.

Pero ahora el trotón permanece cerca de la nocturna
sin que la tensura del cuero lo detenga,
la brevedad de su mano ha recorrido la extensa suntuosidad
de los correajes, con la sobresaltada decisión de un fragmentario
desfile para firmar en el concilio,
y penetra de nuevo en la casa del desierto,
tan injustificado como para Job la lluvia donde no hay poro vegetal.
Pero él sabe que tiene que llegar hasta allí y que el cenital
de la casa se alcanzará en su vaciedad
con lunas bajamar.
El primer desierto es el del rasguño en la piedra,
se toca así la primera risueña absurdidad.
Sabemos que seca la saliva con los cuatro imanes cardinales
y la serpiente sumergida,
la puerta soplada hacia afuera y la fulminante
crecida de los clavos por el paredón,
tienen el ceremonial de la capa que allí se cuelga
y el bulto traído por el viento que le presta sus piernas.
Está en la séptima luna de las mareas
y le penetran los ejércitos
y se deshace penetrándonos.
No le arredra acariciar la suntuosa pesadumbre
del primer signo del cadmeo,
que significa buey.
Ni los exquisitos movimientos egipcios del rostro del gato
en el mismo signo del reverso de la mano.
Se ha burlado majestuosamente de las varillas cayendo como granos de arroz
y del soplo de la puerta coronada, abierta hacia afuera,
soplada en lentísimos cuclillos,
pues la brevedad de su mano le basta para medir
incesantemente la distancia de la puerta hasta el símbolo.
El extender los brazos a manera de ese árbol,
o el saltar la mandrágora para embadurnarse
en el violado de la torrecilla de aquel fuego,
pero ahora estamos inclinados en la copista servidumbre
de las sombras regidas por el látigo de Proserpina.
El primer gemido en busca de la nocturna maternal,
la tiorba de la siria gemebunda nos separa de la noche,
colocada entre las desdeñosas espaldas del dios arbóreo
y la garduña centinela embadurnada.
Al dormirse la matria blandamente,
ya sin caparazón de cóncavo y rocío que rodee
a las grosellas y al vergonzante corporal danzando
entre las desatadas risas tropezonas;
no como aquel infame, sanguinario horóscopo de Viena,
monstruo boca formica, que lame y devora los ahogados
del pequeño mar, patas arriba bien peinado.

baba de rasurada pierna bailarina en el trompo androginal.
Como aquel que disfrazado de águila bisexual, donoso Júpiter de embozos,
robó de Ganimedes las fluctuantes iras,
y que ahora olvida la maternal cascada en la calleja
enterrada por el joveneto en las mortuorias copas.
Pero Júpiter, diestro natural, no mirón de los oficios,
lo veía en desenvuelto laberinto pisar el escorpión
de los chorreosos mantos y las aisladas agudezas yertas
de entrelazado copetín.
Las excepcionales flautas apolíneas,
soplaban las bromas imantadas de Céfiro y Jacinto,
y el coralino tejo separa la borrachona luz, gustada
a sorbos apolíneos, y los cuantiosos paseos copetados,
reclamados por la bisexual reidora, reconocida por el ceño,
disfrazada de águila, guardián en Ganimedes de tropezados mantos
y copas cerrando la violada cascada maternal.
La marcha de la metáfora restituye
el ciempiés a la urdidumbre, el vuelco del Eros
relacionable logra las tersas equivalencias siderales
y las coordinadas donde las palabras se hunden en las semejanzas,
allí el espejo ptolomeico está reemplazado por el agua untada
con la tenebrosa cornamenta del reno.
Así el alertado antílope penetra en el espejo
y la escarcha de papel o nieve iguala la sangría del espejo astillado.
Al dormirse la matria blandamente,
surge priápico y tumultuoso el Eros relacionable,
poniendo en el lugar de este árbol aquella hoguera.
La urdidumbre es la piscina de la metáfora,
nos regala el conocimiento sin asombro, alguien aguardaba.
La metáfora nos obliga a creer en la primera existencia
del pétalo del jacinto, antes que el tejo coralino de Céfiro
descendiese al Hades con el gracioso Jacinto,
y levántase el plañido de las excepcionales flautas apolíneas.

EL PABELLON DEL VACIO

Voy con el tornillo
preguntando en la pared,
un sonido sin color
un color tapado con un manto.
Pero vacilo y momentáneamente
ciego, apenas puedo sentirme.
De pronto, recuerdo,
con las uñas voy abriendo
el *tokonoma* en la pared.
Necesito un pequeño vacío,
allí me voy reduciendo
para reaparecer de nuevo,
palparme y poner la frente en su lugar.
Un pequeño vacío en la pared.

Estoy en un café
multiplicador del hastío,
el insistente *daiquirí*
vuelve como una cara inservible
para morir, para la primavera.
Recorro con las manos
la solapa que me parece fría.
No espero a nadie
e insisto en que alguien tiene que llegar.
De pronto, con la uña
trazo un pequeño hueco en la mesa.
Ya tengo el *tokonoma*, el vacío,
la compañía insuperable,
la conversación en una esquina de Alejandría.
Estoy con él en una ronda
de patinadores por el Prado.
Era un niño que respiraba
todo el rocío tenaz del cielo,
ya con el vacío, como un gato
que nos rodea todo el cuerpo,
con un silencio lleno de luces.

Tener cerca de lo que nos rodea
y cerca de nuestro cuerpo,
la idea fija de que nuestra alma
y su envoltura caben
en un pequeño vacío en la pared
o en un papel de seda raspado con la uña.
Me voy reduciendo,

soy un punto que desaparece y vuelve
y quepo entero en el *tokonoma*.
Me hago invisible
y en el reverso recobro mi cuerpo
nadando en una playa,
rodeado de bachilleres con estandartes de nieve,
de matemáticos y de jugadores de pelota
describiendo un helado de mamey.
El vacío es más pequeño que un naipe
y puede ser grande como el cielo,
pero lo podemos hacer con nuestra uña
en el borde de una taza de café
o en el cielo que cae por nuestro hombro.

El principio se une con el *tokonoma*,
en el vacío se puede esconder un canguro
sin perder su saltante júbilo.
La aparición de una cueva
es misteriosa y va desenrollando su terrible.
Escondarse allí es temblar,
los cuernos de los cazadores resuenan
en el bosque congelado.
Pero el vacío es calmoso,
lo podemos atraer con un hilo
e inaugurararlo en la insignificancia.
Araño en la pared con la uña,
la cal va cayendo
como si fuese un pedazo de la concha
de la tortuga celeste.
¿La aridez en el vacío
es el primer y último camino?
Me duermo, en el *tokonoma*
evaporo el otro que sigue caminando.

1 de abril y 1976.

UNA BATALLA CHINA

Separados por la colina ondulante,
dos ejércitos enmascarados
lanzan interminables aleluyas de combate.
El jefe, en su tienda de campaña,
interpreta las ancestrales furias de su pueblo.
El otro, fijándose en la línea del río,
ve su sombra en otro cuerpo, desconociéndose.
Las músicas creciendo con la sangre
precipitan la marcha hacia la muerte.
Los dos ejércitos, como envueltos por las nubes,
se adormecen borrando los escarceos temporales.
Los dos jefes se han quedado como petrificados.
Después cuentan las sombras que huyeron del cuerpo,
cuentan los cuerpos que huyeron por el río.
Uno de los ejércitos logró mantener
unida su sombra con su cuerpo,
su cuerpo con la fugacidad del río.
El otro fue vencido por un inmenso desierto somnoliento.
Su jefe rinde su espada con orgullo.

Junio 6 y 1974.

AMERICO CRISTOFALO

Lezama Lima, festividad y utopía

“La imantación de lo desconocido es por el costado americano más inmediata y deseosa. Lo desconocido es casi nuestra única tradición. [...] La atracción de vencer las columnas en su limitación, o las leyes del contorno, está en nuestros orígenes...”

J. L. L.

Lezama recobra la imagen barroca americana: llenar el vacío, volver posible el tiempo concebido como lugar de utopía. ¿Qué es el tiempo que Dánae teje desde la primera visión de Muerte de Narciso (1937) hasta la evaporación final de El pabellón del vacío (1976)? Es tiempo sustantivado, tiempo que resiste y desplaza la

progresión temporal, dimensión que satura, en el espesor de la imagen, la ausencia de lugar y deconstruye el discurso hegemónico. El sistema poético lezamiano convoca una incesante fascinación por la diversidad: tensión entre desarticulación lógica y reestablecimiento corpóreo de sentido; la palabra poética, librada del régimen de la convención, trabaja una red de significaciones, un "nuevo saber" que recompone el orden inapresable de los objetos, multiplicación metafórica, imagen que figura y configura su propio imperio. Detrás de la imagen, amplificada, constituida en sobreabundancia verbal y alcanzada como fabulación, no surge el mundo referencial; la escritura de Lezama neutraliza, desborda el límite de causalidad y distancia lo real y lo imaginario. Leer a Lezama es leer un ensayo de reconstrucción del lenguaje, una operación que niega la funcionalidad de la palabra, el lugar inmediato y visible de comunicación. Mutabilidad de la metáfora, ritmo torrencial y fluir incesante de la imagen constituyen la trama central del mundo poético de Lezama; "la imagen es la realidad del mundo invisible", desde esa realidad el poema transgrede el territorio lógico y, volcado sobre su densidad de significaciones, sobre su caudal, sobre su existencia paradójica ("saber su no saber es el nuevo saber", Himnos Orficos), produce un grado de apertura, de sobredimensión verbal, de lenguaje reencontrado cuyo asedio es sólo realizable desde el placer y cuya regla interna convierte la sustancia de fabulación en estado de deseo, deseo realizado, texto de placer para el placer de la utopía. Esta conmoción que impulsa la festividad del lenguaje hasta el límite imposible, trasciende el poema, recorre toda la obra, se instala en el ensayo, en la prosa narrativa, pone ciertamente en crisis la visión convencional de los géneros. Sobre la poesía de Lezama gravitan el mundo de las mitologías, lo insular como visión del espacio americano: desmesura, exuberancia, proyección que captura la fecundidad abigarrada de la naturaleza y una compleja simbología de las relaciones y trasmutaciones culturales.

El tema de Narciso del primer poema afirma la autonomía del universo poético de Lezama, su expansión no obedece a la interposición mediatizadora del sujeto, la muerte de Narciso es el silencio de la conciencia individual, la negación del principio de individuación; esta ausencia reintegrada al poema como marca de la absoluta riqueza verbal, permite que la escritura, concentrada en sí misma, se cumpla como constelación abierta a los sueños colectivos. A nueve años de ese ingresar en el Pabellón del vacío, Lezama, cohabitado por la utopía y por el placer festivo del lenguaje, habla del imposible realizado. "En su amplificación panteísta, en su hinchazón sensual [...], en su despampanante mezcla de ingredientes míticos, en su extremismo imaginativo, la poesía de Lezama Lima, por su exuberancia y sus desconcertantes mixturas, por temperamento y extravagancia, no puede ser sino latinoamericana. Ella es para nosotros tan oscura y desmesurada como para un lector europeo, pero nosotros accedemos disponibles a la ilusión escénica, nos dejamos transportar por ese teatro fantasmagórico..." (Saúl Yurkievich; La confabulación con la palabra).

LA PUERTA

PESSOA

1888 - 1935

...¿El viejo sin interés de los botines sucios que se cruzaba conmigo a las nueve y media de la mañana? ¿El vendedor de lotería cojo que me daba la lata inútilmente?

¿El viejo orondo y colorado, con su puro, en la puerta del estanco?

¿El pálido dueño del estanco?

¿Qué se hizo de todos esos que, por haberlos visto y haberlos vuelto a ver, han sido parte de mi vida?

Mañana yo también me sumiré en la Rua da Prata, en la Rua dos Douradores, en la Rua dos Fanqueiros.

Mañana yo también —el alma que siente y piensa, el universo que soy para mí—, mañana yo también seré el que dejó de pasar por estas calles, el que otros vagamente evocarán con un “¿qué habrá sido de él?”

Y todo cuanto hago, todo cuanto siento, todo cuanto vivo, no será más que un transeúnte menos en la cotidianeidad callejera de una ciudad cualquiera.



HORACIO ZABALJAUREGUI

*a R. F. en la doble precisión
del navegar*

El Pessoa ortónimo es el espejo negro de la ficción, un vampiro panóptico con el puro jesuitismo de las sensaciones tatuando su imaginación corpórea.

(“La vida de los demás sólo me sirve para vivirle a cada uno la vida que me parece les conviene en mi sueño.”)

(“Mi alma es un maelstrom negro, vasto vértigo alrededor del vacío, movimiento de un océano infinito en torno a un agujero de nada, y en las aguas que son más giro que aguas boyan todas las imágenes de lo que he visto y oído en el mundo.”)

Un testigo fascinado y melancólico en una era de transparencia involuntaria, es éste el desafío seductor de quien ha elegido “morir como cosa real y producirse como ilusión”, “conocerse con fingimiento y táctica”.

He aquí la melancolía: una estrategia del conocimiento, una estética de la desaparición en el verse ilusorio, en la tarea de desconocerse conscientemente, empleando la ironía, la pasión propia del modo de desaparición, la del fingidor.

Melancolía: ese dulce mal, bilis o sol negro, ese dolor como la miel, una coartada para los sentidos.

Caeiro es el intento de exorcisar la trampa de lo imaginario, es el ojo del huracán, la inmovilidad como único molde del movimiento, la transparencia irónica de la naturaleza (siempre en frente como la tabaquería) contra el agujero negro, la ilusión o el sentido.

Caeiro, como Wallace Stevens, pero por otras razones, diría que “la lengua es un ojo”, pero también que el bosque no deja ver los árboles porque “un conjunto real y verdadero es una enfermedad de nuestras ideas”. Caeiro apela a una palabra que “realice”, una palabra que bañe el imperio absoluto del presente y pueda abolir la memoria y así curar los sentidos, “los enfermos que ven y oyen”.

Caeiro, ¿el pastor?, es el reverso de la ‘coterie’, de la constelación dramática de los heterónimos.

Frente a la imagen absoluta que debería ser sin huella, como “floración de la realidad”, sin misterio, frente a esta máxima reversión irónica de la despersonalización, se levanta “la metafísica de las sombras autónomas”, “la poesía del crepúsculo de la desilusión”.

El doble movimiento de envolver y desenvolver, el destello de una aparición/desaparición, la cosa real por fuera (la tabaquería del otro lado de la calle) y el sueño como cosa real por dentro. El papel de estaño de los chocolates o, “en suma, usar por dentro todas las sensaciones, quitándoles la cáscara hasta llegar a Dios, pero envolver de nuevo y reponer en el escaparate...”

Ese velo que es la transparencia del dilema (el enmascarado Batman). Continúa el fárrago de las citas: “requiriendo tu rostro amaestrado por el esfuerzo de parecerse a alguien que acaso fuiste tú mismo”, ya como incierto pastiche: “cuando sólo derivas hacia el lugar donde el vacío se hace visible”.

La apuesta secreta hace del fingidor el indisciplinador, melancólico y fascinado, ese vampiro argonauta de máscara pagana que consume y consuma el espectáculo de la vida, que trastorna la opacidad de lo real, porque ama con la mirada, porque está sujeto a pasiones visuales, aquel que teje con lo que no tiene el supremo artifi-

cio, un estilo. Una lógica soberbia según un ritmo de falsedad voluptuosa. (Sólo se tiene lo que se ha perdido.)

Un hombre de oblicuidad esotérica para quien la mentira es el lenguaje ideal del alma, el ocultista que funciona por una "estética superior", según la estrategia del diablo y su secreto femenino. ("Toda inapetencia por la acción inevitablemente feminiza.")

Suyos son los sortilegios que se tejen en "palabras de miel". Miel negra.

"Pero el abigarrado tejido donde se entrelazan armoniosamente los contrarios es, en cuanto tal, semejante a Proteo, dios múltiple y tornadizo, que es agua, fuego, árbol y león, que reúne todas las formas en una sola. De la misma manera, la seducción de la palabra poética que se expresa mediante "los placeres del canto, las medidas y los ritmos" es análoga a la seducción que ejerce una mujer con el "encanto de su mirada".

Por eso el *Libro del Desasosiego* es el "Diario de un Fingidor", de aquel "que se vive estéticamente en otro", en "innumerables espejos fantásticos que convierten en falsas reflexiones una realidad única, anterior, que no se encuentra en ninguno y que se encuentra en todos". Espejo negro en el que el misterio de lo hondo es tan verdadero como "el sueño de misterio de la superficie". Arte de ilusión cuya función es seducir porque "sólo se puede vivir de una verdad alterada", como el contrabandista que maquilla la mercadería, de la belleza del artificio, (más allá de otro océano), de la gracia de un destino insensato.

Fernando Pessoa como Coelho Pacheco

"Pero el genio, y aun un gran talento, proviene, más bien que de elementos intelectuales y de refinamientos sociales superiores a los ajenos, de la facultad de transponerlos y transformarlos. [...] Y ocurre igualmente que los productores de obras geniales no son aquellos seres que viven en el más delicado ambiente y que tienen la más lúcida de las conversaciones y la más extensa de las culturas, sino aquellos capaces de cesar bruscamente de vivir para sí mismos y convertir su personalidad en algo semejante a un espejo, de tal suerte que su vida, por mediocre que sea en su aspecto mundanal, y hasta cierto punto en el intelectual, vaya a reflejarse allí: porque el genio consiste en la potencia de reflexión y no en la calidad intrínseca del espectáculo reflejado."

Proust

Puede verse a Pessoa como a un éxtasis del yo, autorealización magnética de la personalidad, acoso sobre un espejo. Pero su revés invade su división: Pessoa es siempre Pessoa. He ahí el milagro.

De sus múltiples únicas máscaras, Coelho Pacheco vive (—¿o cómo se llamará eso?—) una noche en el cuerpo de Pessoa y escribe un poema dedicado "A la muerte de Alberto Caeiro", probablemente a raíz de su muerte, lo que permite fecharlo entre 1915 y 1917. Ese poema se tituló "Más allá de otro océano". La traducción pertenece a José Antonio Llardent y está tomada de la revista Poesía 7/8, Primavera de 1980, número monográfico dedicado a Fernando Pessoa. (Tamayo Riveros)

Más allá de otro océano

A la memoria de Alberto Caeiro.

Con el sentimiento febril de ser más allá de otro océano
Hubo posiciones de un vivir más claro y más límpido
Y apariencias de una ciudad de seres
No irreales mas lívidos de imposibilidad consagrados en desnudez y pureza
Fui pórtico de esta irrealidad y los sentimientos eran el solo deseo de tenerlos
La noción de las cosas fuera de sí las tenía dentro cada uno
Todos vivían en la vida de aquellos que quedaban
Y la manera de sentir estaba en el modo de vivirlos
Pero la forma de sus rostros tenía la placidez del rocío
La desnudez era un silencio de formas sin maneras de ser
Y hubo el asombro de que toda la realidad tan sólo fuera eso
Pero la vida era la vida y era sólo la vida

Mi pensamiento muchas veces trabaja en silencio
Con la suavidad de una máquina engrasada al moverse sin ruido
Yo me encuentro tan bien que permanezco inmóvil
Para no deshacer los equilibrios que me han llevado a tenerlo de ese modo
Presiento que entonces mi pensamiento es claro
Ya no lo oigo en su silencio de rodar siempre mansamente
Como la máquina engrasada a la que mueve una correa
Su sereno rodar lo oigo apenas en el trabajo de las piezas
Pienso a veces que los demás han de sentirlo así como lo siento
Pero dicen que les duele la cabeza o que tienen mareos
Viene a mí este pensamiento como podría venir otro cualquiera
Como por ejemplo el de que ellos nunca han podido sentir ese rodar
Pero sin llegar a pensar que no lo sienten

En el viejo salón donde las panoplias de armas grises
Son las formas de un esqueleto con señales de otros tiempos
Paseo la mirada hecha materia y hago que a escondidas destaque en la armadura
Aquel secreto del alma que es el origen de que yo esté vivo
Si fijo en la panoplia el mortificado mirar donde hay deseos de no ver
Toda la férrea estructura del esqueleto que sin saber por qué presiento
Se apodera de mi manera de sentirlo como un relámpago de lucidez
Hay un sonido en la igualdad de los dos yelmos que me escuchan
De tan nítida la sombra de las lanzas marca la indecisión de las palabras
Dísticos de incertidumbres danzan sin cesar sobre mí
Escucho ya la coronación de los héroes que habrán de celebrarme
Y sobre este vicio de sentir me encuentro en los mismos espasmos
De la misma polvareda gris de las armas con señales de otros tiempos
Cuando entro en un salón grande y desnudo a la hora del crepúsculo
Y todo es silencio tiene el salón para mí la estructura de un alma
Es vago y cubierto de polvo y hay en mis pasos unos ecos extraños
Como los que retumban en el alma cuando soy yo quien camina
Entra la adormecida luz del exterior por sus ventanas tristes
Y proyecta en la oscuridad de la pared de enfrente las sombras y penumbras
El salón grande y vacío es un alma silenciosa
Y la polvareda que levanta el aire son los pensamientos

Un rebaño de ovejas es una cosa triste
Quizá porque no podamos asociar más que ideas tristes a un rebaño
Y porque así es y sólo porque así es resulta verdadero

Que asociemos ideas tristes a un rebaño de ovejas
Por tal razón y sólo por tal razón las ovejas son tan realmente tristes

Robo con placer cuando me dan un objeto valioso
Y doy a cambio pedazos de metal. Tal idea no es común ni trivial
Puesto que la encaro de un modo diferente por no hallar relación entre objeto y metal
Si yo comprara hojalata y les diera alcachofas me llevarían preso
Quisiera oír de cualquiera exponer y explicar
El modo de dejar de pensar en pensar que se hace una cosa
Para perder el recelo que tengo de llegar a saber algún día
Que pensar en las cosas y pensar el pensar no pasa de ser una cosa material y perfecta

La posición de un cuerpo no es indiferente a su equilibrio
Y la esfera no es cuerpo pues carece de forma
Si así es y si todos podemos oír un sonido en cualquier posición
Infiero que el sonido no debe ser cuerpo
Mas aquellos que saben por intuición que el sonido no es cuerpo
No han seguido mi razonar y por tanto la noción que aquí doy no les sirve de nada

Cuando recuerdo que hay personas que lanzan las palabras para ejercer su ingenio
Y cuentan entre risas el caso particular del vivir de cada cual
Para aligerar su hastío y consideran que los payasos de circo son graciosos
Mas se incomodan si les cae una mancha de aceite en el traje nuevo
Me siento feliz de que haya tantas cosas que no entiendo
Veo en el arte de cada obrero toda una generación difuminándose
Por eso no comprendo ningún arte pero puedo ver tal generación
El obrero nada ve de esa generación en su arte
Y por eso es obrero y por eso conoce su arte

Cuántas veces mi cuerpo me causa la amargura
Sé que yo no difiero de otra cosa cualquiera
Que las demás cosas deben ser como yo y deben pensar que yo soy una cosa común
Si por tanto es así yo no pienso aunque crea que piense
Modo éste de ponerme a resguardo que es bueno y me alivia

Amo las alamedas de árboles sombríos encorvados
Y al caminar por las extensas alamedas a las que mi mirar da forma
Las alamedas a las que mi mirar da forma sin que yo sepa cómo
Son puertas abriéndose en mi ser incoherente
Y son siempre alamedas lo que siento cuando el asombro de así ser me distingue

Muchas veces me oculto sensaciones y gustos
Y entonces varían y concuerdan con los de los otros
Pero yo no los siento y como ellos ignoro que es a mí a quien engaño

Sentir la poesía es la manera figurada de vivirse
Si no siento la poesía no es porque no sepa qué es
Sino porque no puedo vivir de una manera figurada
Si pudiera tendría que buscar otro modo de ponerme a resguardo
La condición de la poesía es ignorar cómo puede ser sentida
Hay cosas bellas que son bellas en sí
Pero la belleza íntima del sentir hace espejo en las cosas
Y si las cosas son bellas ya no las sentimos

En la sucesión de pasos yo no puedo ver más que sucesión de pasos
Sucediéndose cual si los viera sucederse realmente
Por el hecho de ser tan iguales a sí mismos

De no haber una sucesión de pasos que al cabo no lo sea
Veo cuan necesario es no engañarnos acerca del claro sentido de las cosas
Tendremos así que juzgar que todo cuerpo inanimado siente y ve diferente que nos-
[otros
Mas esta noción desde luego admisible quizá sea fútil e incómoda

Si cuando pensamos podemos dejar de movernos y de hablar
¿Por qué necesitamos suponer que las cosas no piensan?
Suponerlas así es incoherente y fácil para nuestro espíritu
Lo que hay que suponer y éste es el camino verdadero
Es que pensamos por el hecho de poder pensar sin movernos y hablar
Como hacen las cosas que son inanimadas

Cuando me siento aislado la necesidad de ser cualquier persona en mí aparece
Y gira a mi alrededor en espiral oscilante
Tal modo de decir no es figurado
Yo sé que gira a mi alrededor cual mariposa alrededor de una luz
Veo en ella síntomas de cansancio y me horrorizo cuando creo que por fin va a caer
Mas de tanto no caer lo que a veces sucede es que yo estoy aislado

Hay personas a quienes el hecho de arañar paredes impresiona
Y otras a las que no impresiona
Pero arañar paredes es algo siempre igual
La diferencia sólo está en las personas. Y si aquí varían en el modo de sentir
Variarán también al sentir otras cosas
Y cuando todos piensan lo mismo de una cosa es que la cosa es diferente para cada
[uno

Memoria es la facultad de saber que tenemos el vivir
Los amnésicos por tanto nunca saben que viven
Y son tan desdichados como yo que me sé vivo y que puedo vivir
Un objeto alcanzado un susto que tenemos
Todo son maneras de vivir para los otros
Quisiera vivir y ser por dentro como son y viven los espacios

Cuántas personas hay que después de comer se sientan en una mecedora
Recostados en almohadas cierran los ojos y se dejan vivir
No hay lucha entre el vivir y la voluntad de no vivir
O bien —lo cual es horrible para mí— si realmente hay lucha
Se matan pegándose un tiro pero antes han escrito unas cartas
Tan absurdo es dejarse vivir como hablar en secreto

Los artistas de circo son superiores a mí
Pues saben hacer el pino y dar saltos mortales a caballo
Y dan los saltos sólo por dar saltos
Si yo lo diera tendría que saber por qué los daba
Y si al fin no los diera me pondría tan triste
Ellos son incapaces de decir por qué saltan
Nunca se preguntaron a sí mismos si saltan realmente
Pero yo cuando veo una cosa
Nunca sé si sucede y no llego a saberlo
Sólo sé que para mí es como si sucediera todo aquello que veo
Mas no llego a saber si veo cosas que no ocurren
O que si por verlas debo suponer que las cosas suceden

Un ave siempre es bella porque es ave
Las aves son por tanto siempre bellas

Pero un ave sin plumas es tan repugnante como un sapo
Y en un montón de plumas no hay belleza
De este hecho en sí tan desnudo no sé inducir cosa alguna
Pero siento que debe haber en él una verdad muy grande

No es igual lo que pienso una vez a lo que pienso otra vez
Y vivo de este modo para que los demás sepan que viven
A veces miro cómo trabaja un cantero junto a un muro
Y su manera de existir y de ser visto siempre resulta diferente de lo que yo me figuro
El cantero trabaja y hay una incitación dirigida en el movimiento de sus brazos
¿Cómo sucede que trabaje por una voluntad que lo incita
Y yo no trabaje ni tenga voluntad de incitarme
Y no llegue a entender que en él haya esas posibilidades?
No conoce en absoluto estas verdades y no es más feliz que yo desde luego
En alamedas de otros parques al pisar hojas secas
Sueño a veces que yo soy para mí y que yo he de vivir
Nunca acaba este verme ilusorio
Porque me veo al fin en las alamedas de ese parque
Pisando hojas secas que me escuchan
Si pudiera al menos oír hojas secas crujiendo
Sin que fuera yo el que las pisa o sin que ellas me vieran
Pero las hojas secas forman remolinos y tendré que pisarlas
Si al menos en esta travesía tuviese a otro como todo el mundo

No es más una obra prima que otra obra cualquiera
Una obra cualquiera es por tanto una obra prima
Si este razonar es falso no es falso que yo quiera
Que sea de hecho verdadero
Y para los usos de mi pensar tanto me basta

Qué importa que una idea sea oscura si es idea
Una idea no puede ser menos bella que otra idea
Pues no pueden existir diferencias entre dos ideas
Lo cual es así porque veo que ha de ser así
Un cerebro al soñar es el mismo que un cerebro al pensar
Los sueños no pueden ser incoherentes porque son pensamientos
Como los demás. Mas si veo que hay alguien que me mira
Empiezo sin querer a pensar como piensa la gente
Y me duele tanto como si me marcaran el alma con un hierro candente
Pero cómo puedo saber el dolor de marcar el alma con un hierro candente
Si hierro candente es una idea que no entiendo

El descarrío que han sufrido mis virtudes me conmueve
Me aflige el sentir que puedo advertir su ausencia cuando quiero
Quisiera que me llenaran por completo las virtudes de apetencia
Mas tan sólo para gozar y poseerlas como mías
Hay personas que dicen sentir el corazón despedazado
Y ni siquiera vislumbran lo bueno que sería
Sentir que nos están despedazando el corazón
Es cosa que no se siente nunca
Pero no es ésta la razón por la que nos puede dar felicidad sentir el corazón despedazado

En el gran salón de penumbras donde hay azulejos
Donde azulejos azules colorean paredes
Donde el suelo es oscuro y pintado y con esteras de yute
Me adentro a veces coherente en exceso

Soy en aquel gran salón como cualquier persona
Pero tiene el entarimado cóncavo y las puertas no ajustan
La tristeza de los montantes crucificados en los vanos de puerta
Es una tristeza desnivelada hecha de silencio
Por las ventanas reticuladas entra la luz cuando es de día
Empañada por vidrios de montantes y empujada a los rincones cual montón de negru-
[ra

Corrientes de aire frío recorren a veces los extensos pasillos
Pero huele a barniz viejo agrietado en cada rincón de los salones
Y todo es dolorido en este solar de antiguallas

Me alegra a veces momentáneamente pensar que he de morir
Que me encerrarán en una caja de madera con olor a resina
Que mi cuerpo se derretirá en un líquido espantoso
Y que al descomponerse las facciones en varias podredumbres coloridas
Irá surgiendo por debajo la ridícula calavera
Muy sucia y muy cansada pero haciendo guiños

LLENAR ETERNAMENTE UN TONEL ETERNAMENTE VACIO

"Puse en De Campos toda la emoción que no debo ni a mí ni a la vida."

Fernando Pessoa

"¿Crear en mí? No, ni en nada."

Alvaro de Campos

Ni razón, ni fe. Sueño. Ni idea, ni imagen. Ilusión. "Nada existe, no existe la realidad; sólo la sensación." Quien niega y afirma, baraja. ¿Y qué se podría saber?

Real la tabaquería y el sueño. Comer chocolates, como escribir versos, como dar la espalda. La imagen del mundo siempre es estética, como toda imagen. En cuanto a la verdad, a la Idea, pan del vencido y finalmente, también imagen. Pensar es tirar la vida como hoja de estaño.

Disfraces y máscaras. Un único rostro que nadie vio, que frente al espejo es otro.

¿Qué afirma la conciencia de estar existiendo? Nada. Una caja dentro de otra, adentro de otra. Estanque y corazón como cubos vacíos.

Sin imagen, sin rostro, sin idea, Esteves sale de la Tabacquería, saluda a Alvaro De Campos que regresa a escribir versos, fiel a Esteves como cosa real por fuera. Afirmando el sueño como cosa real por dentro. Tan enérgico, convencido, humano.

El mundo, ajeno, se reconstruye. Sin ideal, sin esperanza. Los versos retienen la imagen. Con "la ventaja de no contener la mentira de una teoría, sino tan solamente la verdad de una metáfora".

Mónica Tracey

TABAQUERIA

No soy nada. / Nunca seré nada. / No puedo querer ser nada. / Aparte de eso, tengo en mí todos los sueños del mundo.

Ventanas de mi cuarto, / De mi cuarto de uno de los millones del mundo que nadie sabe quién es / (Y si supiesen quién es, ¿qué sabrían?), / Dais hacia el misterio de una calle cruzada constantemente por gente, / Hacia una calle inaccesible a todos los pensamientos, / Real, imposible real, cierta, desconocidamente cierta, / Con el misterio de las cosas debajo de las piedras y de los seres, / Con la muerte poniendo humedad en las paredes y cabellos blancos en los hombres, / Con el Destino conduciendo la carroza de todo por el camino de nada.

Estoy vencido hoy, como si supiese la verdad. / Estoy lúcido hoy, como si estuviese por morir, / Y no tuviese más hermandad con las cosas / Que una despedida, volviéndose esta casa y este lado de la calle / La hilera de carruajes de un convoy, y un silbato de partida / Dentro de mi cabeza, / Y una sacudida de mis nervios y un crujiir de huesos al salir.

Estoy perplejo hoy como quien pensó y halló y olvidó. / Estoy dividido hoy entre la lealtad que debo / A la Tabacquería del otro lado de la calle, como cosa real por fuera, / Y a la sensación de que todo es sueño, como cosa real por dentro.

Fracasé en todo. / Como no hice ningún propósito, tal vez todo fuese nada. / La enseñanza que me dieron, / Descendí de ella por la ventana de detrás de la casa. / Fui hasta el campo con grandes propósitos. / Pero allí encontré sólo hierbas y árboles, / Y cuando había gente era igual a la otra. / Salgo de la ventana, me siento en una silla. ¿En qué he de pensar?

¿Qué sé yo lo que seré, yo que no sé lo que soy? / ¿Ser lo que pienso? ¿Pero pienso ser tantas cosas! / ¿Genio? En este momento Gien mi cerebro se combien en

sueño genios como yo, / Y la historia no señalará, ¿quién sabe?, ni uno, / Ni habrá sino estiércol de tantas conquistas futuras.

No, no creo en mí. / ¡En todos los manicomios hay locos pensativos con tantas certezas! / ¿Yo, que no tengo ninguna certeza, soy más cierto o menos cierto?

No, ni en mí... / ¿En cuántas bohardillas y no-bohardillas del mundo / No hay a esta hora genios-para-sí-mismos soñando? / ¿Cuántas aspiraciones altas y nobles y lúcidas, / Y hasta realizables, / Nunca verán la luz del sol real ni hallarán oídos de gente? / El mundo es para quien nace para conquistarlo / Y no para quien sueña que puede conquistarlo, aunque tenga razón. / He soñado más que Napoleón. / He apretado a un pecho hipotético más humanidades que Cristo, / He hecho filosofías en secreto que ningún Kant escribió. / Pero soy, y tal vez seré siempre, el de la bohardilla, / Aunque no viva en ella; / Seré siempre *el que no nació para eso*; / Seré siempre sólo *el que tenía cualidades*; / Seré siempre el que esperó que le abriesen la puerta al pie de una pared sin puerta / Y cantó la canción del Infinito en un gallinero, / Y oyó la voz de Dios en un pozo tapado. / ¿Creer en mí? No, ni en nada. / Derrámeme la Naturaleza sobre la cabeza ardiente / Su sol, su lluvia, el viento que me busca el cabello, / Y el resto que venga si viniere, o tuviera que venir, o no venga. / Esclavos cardíacos de las estrellas, / Conquistamos todo el mundo antes de levantarnos de la cama; / Pero lo miramos y es opaco, / Nos levantamos y es ajeno, / Salimos de casa y es la tierra entera, / Más el sistema solar y la Vía Láctea y lo Indefinido. / (Come chocolates, pequeña; / ¡Come chocolates! / Mira que no hay más metafísica en el mundo que los chocolates. / Mira que las religiones todas no enseñan más que la confitería. / ¡Come, pequeña sucia, come! / ¡Si pudiese comer chocolates con la misma verdad con que tú los comes! / Pero yo pienso y, al tirar el papel de plata, que es hoja de estaño, / Echo todo al suelo, como he echado la vida.)

Pero al menos queda de la amargura de lo que nunca seré / La caligrafía rápida de estos versos, / Pórtico partido hacia lo Imposible. / Pero al menos me consagro a mí mismo un desprecio sin lágrimas, / Noble al menos en el ademán ancho con que arrojo / La ropa sucia que soy, sin orden, para el decurso de las cosas, / Y quedo en casa sin camisa. / (Tú, que me consuelas, que no existes y por eso consuelas, / Diosa griega, concebida como estatua que fuese viva, / Patricia romana, imposiblemente noble y nefasta, / Princesa de trovadores, gentilísima y colorida, / Marquesa del siglo dieciocho, escotada y distante, / *Cocotte* célebre del tiempo de nuestros padres, / No sé qué moderno —no concibo bien qué—, / Todo eso, sea lo que fuere, que seas, ¡si puede inspirar que inspire! / Mi corazón es un balde vaciado. / Como los que invocan espíritus me invoco / A mí mismo y no encuentro nada. / Llego a la ventana y veo la calle con una nitidez absoluta. / Veo las tiendas, veo los paseos, veo los carros que pasan, / Veo los entes vivos vestidos que se cruzan, / Veo los perros que también existen, / Y todo esto me pesa como una condena a la deportación, / Y todo me es extraño, como todo.)

Viví, estudié, amé, y hasta creí, / Y hoy no hay mendigo a quien no envidie sólo por no ser yo. / Le miro a cada uno los andrajos y las llagas y la mentira, / Y pienso: tal vez nunca vivieses ni estudiases ni amases ni creyeses / (Porque es posible hacer la realidad de todo eso sin hacer nada de eso): / Tal vez hayas existido apenas, como un lagarto a quien cortan la cola / Y que es cola para acá del lagarto revolviéndose. / Hice de mí lo que no supe, / Y lo que podía hacer de mí no lo hice. / El disfraz que vestí era equivocado, / Me tomaron luego por quien no era y no desmentí, y me perdí. / Cuando quise quitarme la máscara, / Estaba pegada a la cara. / Cuando la tiré y me vi en el espejo, / Ya había envejecido. / Estaba ebrio, ya no sabía vestir el disfraz que no había tirado. / Acosté fuera a la máscara y dormí en el guardarropas /

Como un perro tolerado por la gerencia / Por ser inofensivo / Y voy a escribir esta historia para probar que soy sublime.

Esencia musical de mis versos inútiles, / Quién me diera encontrarte como algo que yo hiciese, / Y no quedase siempre enfrente de la Tabacquería de enfrente, / Calcando a los pies la conciencia de estar existiendo, / Como un tapete en que un ebrio tropieza / O una espuerta que los gitanos robaron y no valía nada.

Pero el Dueño de la Tabacquería llegó a la puerta y se quedó en la puerta. / Lo miro con la incomodidad de la cabeza mal doblada / Y con la incomodidad del alma mal-entendiendo. / El morirá y yo moriré. / El dejará el letrado, y yo dejaré versos. / A cierta altura morirá el letrado también, y los versos también. / Después de cierta altura morirá la calle donde estuvo el letrado, / Y la lengua en que fueron escritos los versos. / Morirá después el planeta girante en que todo esto se dio. / En otros satélites de otros sistemas cualquier cosa como gente / Continuará haciendo cosas como versos y viviendo debajo de cosas como letrados, / Siempre una cosa enfrente de la otra / Siempre una cosa tan inútil como la otra, / Siempre lo imposible tan estúpido como lo real, / Siempre el misterio del fondo tan cierto como el sueño de misterio de la superficie, / Siempre esto o siempre otra cosa o ni una cosa ni otra.

Pero un hombre entró en la Tabacquería (¿para comprar tabaco?), / Y la realidad plausible cae de repente sobre mí. / Me yergo a medias enérgico, convencido, humano, / Y voy a intentar escribir estos versos en que digo lo contrario. / Enciendo un cigarro al pensar en escribirlos / Y saboreo en el cigarro la liberación de todos los pensamientos. / Sigo el humo como una ruta propia, / Y gozo, en un momento sensitivo y competente, / La liberación de todas las especulaciones / Y la conciencia de que la metafísica es una consecuencia de estar indispuerto. / Después me echo para atrás en la silla / Y continúo fumando. / Mientras el Destino me lo conceda, continuaré fumando.

(Si yo me casase con la hija de mi lavandera / Tal vez fuese feliz.) / Visto esto, me levanto de la silla. Voy a la ventana.

El hombre salió de la Tabacquería (¿metiendo el cambio en el bolsillo de los pantalones?) / Ah, lo conozco: es Esteves, sin metafísica. / (El dueño de la Tabacquería llegó a la puerta.) / Como por un instinto divino Esteves se volvió y me vio. / Me dijo adiós, le grité ¡Adiós, Esteves!, y el universo / Se reconstruyó sin ideal ni esperanza, y el Dueño de la Tabacquería sonrió.

(Traducción: Rodolfo Alonso.)

OLGA OROZCO

Alrededor de la creación poética

La poesía puede presentarse al lector bajo la apariencia de muchas encarnaciones diferentes, combinadas, antagónicas, simultáneas o totalmente aisladas, de acuerdo con la voz que convoca sus apariciones. Puede ser, por ejemplo, una dama oprimida por la armadura de rígidos preceptos, una bailarina de caja de música que repite su giro gracioso y restringido, una pitonisa que recibe el dictado del oráculo y descifra las señales del porvenir, una reina de las nieves con su regazo colmado de cristales casi algebraicos, una criatura alucinada con la cabeza sumergida en una nube de insectos zumbadores, una anciana que riega las plantas de un reducido jardín, una heroína que canta en medio de la hoguera, un pájaro que huye, una boca cerrada. Las imágenes creadas por sus resonancias se fijan, se superponen, se suceden. ¿Cuál será la figura verdadera en este inagotable caleidoscopio? Todas y cada una. La más libre, la más trascendente sin retóricas, la no convencional, la que está entretejida con la sustancia misma de la vida llevada hasta sus últimas consecuencias. Es decir, la que no hace nacer fantasmas sonoros o conceptuales para encerrarlos en las palabras, sino que hace estallar aun los fantasmas que las palabras encierran en sí mismas.

Pero estas conclusiones enuncian características y no significados de la poesía. Y es casi fatal que así sea, porque la poesía en su esencia, en su representación total, así como el universo, como esa esfera de la que hablaban Giordano Bruno y Pascal, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna, es inaprensible. No se la puede abarcar en ninguna definición. Cualquiera sea el centro cambiante desde el que se la considere —pepita de fuego, lugar de intersección de fuerzas

desconocidas o prisma de cristal para la composición y descomposición de la luz—, su ámbito se traslada cuando se lo pretende cercar y el número de alcances que genera continuamente excede siempre el círculo de los posibles significados que se le atribuyen. Intentar reducirlos a una fórmula equivale a suspender el vuelo de una oropéndola, a paralizar a un ángel, a domesticar a un dios natural y salvaje y a someterlos a injertos, a operaciones artificiosas y a disecciones hasta lograr cadáveres amorfos. Porque la poesía es un organismo vivo, rebelde, en permanente revolución, y aun la definición más feliz, la que parece aislar en una síntesis radiante sus resonancias espirituales y su mágica encarnación en la palabra, no deja de ser un relámpago en lo absoluto, un parpadeo, una imagen insuficiente y precaria. La poesía es siempre eso y algo más, mucho más.

Tenemos que conformarnos con aludir a ella a través de los medios de que el poeta se vale para alcanzarla, confundiendo así de alguna manera el camino con el objetivo. Unos y otros poetas se han referido y se refieren a la poesía desde el propósito que ha sustentado su acto creador, porque aunque las consecuencias de éste sean insospechadas, sus procesos están, deliberadamente o no, marcados por la intención de quien los suscita. Es decir, la actitud inicial del poeta tiñe con un sentido último a su poesía, a esa faz particular de la poesía. Quiéralo o no, cada uno funda su arte poética, aun remitiéndose a la negación de toda regla, y le impone sus leyes: las de la libertad absoluta, las del rigor extremo, las del abandono y la brusca vigilancia. Bajo estas directivas que rigen un material en ebullición, una arquitectura pétreo o una sustancia cristalina, el acto creador se convierte, en uno y otro caso, en arco

tendido hacia el conocimiento, en ejercicio de transfiguración de lo inmediato, en intento de fusión insólita entre dos realidades contrarias, en búsquedas de encadenamientos musicales o de símbolos casi matemáticos, en exploración de lo invisible a través del desarreglo de todos los sentidos, en juego verbal librado a las variaciones del azar, en meditación sobre momentos y emociones altamente significativos, en trama de correspondencias y analogías, en ordenamiento de fuerzas misteriosas sometidas a la razón, en dominio de correlaciones íntimas entre el lenguaje y el universo. Los enunciados podrían continuar indefinidamente. Sobre ellos planean, entre otros y por no ir más lejos, las sombras de Rimbaud, de Verlaine, de Mallarmé, de Apollinaire, de Eliot, de Bréton, de Eluard, de Reverdy. Entre todas configuran un mosaico hecho de fragmentos complementarios, de tonos francamente opuestos, de zonas que se superponen o se rechazan. Ampliando esta visión con los colores de otras épocas y otros territorios, aparece un panorama general aún más contradictorio, pero ilustrado en sus armonías y en sus disonancias por experiencias prestigiosas, por ejemplos que no se pueden descalificar aun cuando frente a algunos de ellos nuestro punto de partida se encuentre en la otra orilla.

Recorrer la trayectoria de la poesía desde la formulación del encantamiento y su consecuente palabra de poder hasta la época actual es un camino en doble espiral, tan largo como la génesis del lenguaje y tan tortuoso como la historia del hombre.

Pero condensando todos los ismos, que unen y separan como los verdaderos istmos, reuniendo en un solo cuerpo las palabras que nacen, crecen, mueren y renacen, es posible afirmar que más allá de cualquier posible discrepancia de acción y de fe, la poesía se alza a través de los siglos como un acto de fe, como una crítica de la vida, un cuestionamiento de la realidad, una respuesta frente a la carencia del hombre en el mundo, una tentativa por aunar las fuerzas que

se oponen en este universo regido por la distancia y por el tiempo, un intento supremo de verdad y rescate en la perduración.

Ignoro cuál sería el porvenir de la poesía en un mundo regido por una técnica impensable o por una imposible perfección. Silencio, canto de alabanza, escalofriante mecánica que se genera a sí misma, tal vez, y digo tal vez porque no puedo dejar de creer que la poesía no sea una infinita probabilidad. Más aún, porque no puedo pensar en un mundo perfecto, sin muerte, sin restricciones, sin ignorancias ontológicas, sin barreras entre el tú y el yo, un universo de revelaciones y unidad que haga innecesaria la búsqueda de significados, la ronda de esos signos en rotación en permanente disponibilidad, de los que habla Octavio Paz, y a través de los cuales reagrupamos en núcleos magnéticos los trozos dispersos de nuestra realidad visible e invisible.

Mientras tanto, aquí y ahora, los poetas siguen conviviendo con las palabras. Las nutren, las mastican, las aplastan, las pulverizan; combaten por saber quién sirve a quién, o pactan con ellas, o tienen una relación semejante a la de los amantes. El poeta elige su expresión. Elige la palabra como un elemento de conversión simbólica de este universo imperfecto.

La idea de que el hombre y la esencia se corresponden, de que el nombre no sólo designa sino que es el ser mismo y que contiene dentro de sí la fuerza del ser, es el punto de partida de la creación del mundo y de la creación poética. Ambas emanan del verbo que confiere la existencia.

Separado de la divinidad, aislado en una fracción limitada de la unidad primera o desgarrado en su propio encierro, el individuo siente permanentemente la dolorosa contradicción de su parte de absoluto, que lo arrebató, y de sus múltiples, efervescentes particularidades, que le permiten vivir. Quiere ser otro y todos sin dejar de ser él, no invadiendo sino compartiendo. Ese sentimiento de separación y ese anhelo de unidad sólo culminan y se convierten

en fusión total, simultánea y corpórea, en la experiencia religiosa, en el acto de amor y en la creación poética. El "yo" del poeta es un sujeto plural en el momento de la creación, es un "yo" metafísico, no una personalidad. Esta trasposición se produce exactamente en el momento de la inminencia creadora. Es el momento en que la palabra ignorada y compartida, la palabra reveladora de una total participación, la palabra que condensa la luz de la evidencia y que yace sepultada en el fondo de cada uno como una pregunta que conduce a todas las respuestas, comienza a enunciarse con balbuceos y silencios que pueden corresponder a todos y a cada uno de los nombres que encierran los fragmentos de la realidad total. Su resonancia se manifiesta en una sorpresiva paralización de todos los sistemas particulares y generales de la vida. El poeta, con toda la carga de lo conocido y lo desconocido, se siente de pronto convocado hacia un afuera cuyas puertas se abren hacia adentro. Una tensión extrema se acaba de apoderar de la trama del mundo, próxima a romperse ante la inminencia de la aparición de algo que bulle, crece, fermenta, aspira a encarnarse, en medio de la mayor luz o de la mayor tiniebla. El ser entero ha cesado de ser lo que era para convertirse en una interrogación total, en una expectativa de cacería en la que se ignora cuál es el cazador y cuál es el animal al que se apunta. Algo está condensándose, algo está a punto de aparecer. Algo debe aparecer o el universo entero será aspirado en una imprevisible dirección o estallará con un estrépito ensordecedor en otros millares de fragmentos.

El poeta traspone entonces las pétreas murallas que lo encierran y sale a enfrentarse con los centinelas de la noche.

Va a acceder al mundo del mito, va a repetir el acto creador en el limitado plano de la acción de su verbo, va a enfrentarse con su revelación. No importa que ese momento ejemplar—eterno en la eternidad como el molde del mito—tenga de este lado la duración exacta de un momento del mundo, ni

que la palabra que ha usado como un arma de conocimiento y un instrumento de exploración ofrezca después el aspecto de un escudo roto o se convierta en un humilde puñado de polvo.

Ha penetrado, de todas maneras, o ha creído penetrar, en la noche de la caída, la ha detenido con su movimiento de ascenso y ha revertido el tiempo y el espacio en que ocurría. El pasado y el porvenir se funden ahora en un presente ilimitado donde las escenas más antiguas pueden estar ocurriendo, al igual que las escenas de la profecía. Es un tiempo abierto en todas direcciones. El vacío que precede al nacimiento se confunde con el vacío adjudicado a la muerte, y ambos se colman de indicios, de vestigios, de señales.

"¿Qué memoria es ésa que sólo recuerda hacia atrás?", dice la Reina Blanca de Alicia en el país de las maravillas, y entonces es posible responderle que la memoria es una actualidad de mil caras, que cada cara recubre la memoria de otras mil caras, y que si el pasado ha estampado sus huellas infantiles en los muros agrietados del porvenir, también el futuro ha dejado su marca fantasmal sobre el pretérito.

Tampoco la distancia que nació con la separación existe ya. La sustancia es una sola, sin fisuras, sin interrupciones. Es posible ser todos los otros, una mata de hierba, una tormenta encerrada en un cajón, la mirada de alguien que murió hace 2500 años.

Se está frente a una perspectiva abierta y circular, pero aún en los umbrales del exilio. Es un viaje largo y solitario el que se debe emprender en las tinieblas. El que se interna amparado por la luz, como por el resplandor de una lámpara, no ejercita sus ojos y no ve más allá de cuanto abarca el reducido haz luminoso que posee y transporta. El que avanza a ciegas no alcanza a definir las formas conocidas que se ocultan tras los enmascaramientos de las sombras, ni logra perseguir el rastro de lo fugitivo. No hay conciencia total ni abandono total. No hay hielo insomne ni hervor alucinado. Hay grandes llamaradas salpicadas de cristales perfectos y grandes

cristalizaciones que brillan como el fuego. Hay que tratar de asirlas. Hay que encender y apagar la lámpara de acuerdo con los accidentes del camino.

Los senderos son engañosos y a veces no conducen a ninguna parte, o se interrumpen bruscamente, o se abren en forma de abanico, o devuelven al punto de partida. Hay muros que simulan espejismos, imágenes prometedoras que se alejan, ejércitos de perseguidores y de monstruos, apariencias emboscadas, objetos desconocidos e indescifrables que brillan con luz propia, terrenos que se deslizan vertiginosamente bajo los pies. Se viven confusiones desconcertantes entre la pesadilla y la vigilia, lo familiar resulta impenetrable y sospechoso y lo insólito adquiere la forma tranquilizadora de lo cotidiano. Se tiene la sensación de haber contraído una peste que puede producir cualquier transformación, aun la más inimaginable, y hay una fiebre que no cesa y que parece alimentarse de la duración.

El poeta cree adquirir poderes casi mágicos. Intenta explorar en las zonas prohibidas, en los deseos inexpressados, en las inmensas canteras del sueño. Procura destruir las armaduras del olvido, detener el viento y las mareas, vivir otras vidas, crecer entre los muertos. Trata de cambiar las perspectivas, de presenciar la soledad, de reducir las potencias que terminan por reducirlo al silencio.

A lo largo de todo este trayecto, la palabra —única arma con que cuenta para actuar— se ha abandonado a las fuerzas imponderables o ha asumido todo el poder de que dispone para transmutarse en el objeto de su búsqueda. Por medio del lenguaje, emanación de la palabra secreta, el poeta ha tratado de trascender su situación actual, de remontar la noche de la caída hasta alcanzar un estado semejante a aquél del que gozaba cuando era uno con la divinidad, o de continuar hacia abajo para cambiar lo creado, anexándole otros cielos y otras tierras, con sus floras y sus faunas. El hecho es el mismo: es la repetición del acto creador por el poder del verbo. Por el poder del verbo, el poeta se ha entregado a toda suerte de encade-

namientos verbales que anulan el espacio, a ritmos de contracción y expansión que anulan el tiempo, para coincidir con el soplo y el sentido de la palabra justa: del sea o del hágase. Pero el poder del lenguaje es restringido por todo el precario sistema de la condición humana. La palabra secreta, capaz de crear un mundo o de devolver éste a sus orígenes, no se manifiesta a través de ninguna aproximación. El poeta ha enfrentado lo absoluto con innumerables expresiones posibles, solamente posibles, con signos y con símbolos que no son la cosa misma y que suscitan también imágenes analógicas posibles, solamente posibles. Entre ese inabordable absoluto y este reiterado posible se manifiesta la existencia del poema: lo más próximo de esa palabra absoluta.

El poema: un instrumento inútil, una proyección del acto creador que fue descubrimiento, un pálido mapa del territorio de fuego que se atravesó.

Para el poeta todo ha terminado, por ahora. Al lector le corresponde entonces instalarse frente al poema que interroga y responde, en su condición de objeto y de sujeto, y rehacer a través de ese mapa su propio territorio de fuego, retomar el camino de su revelación. Cada intérprete encontrará en cada vocablo su propio alcance, no por ambiguo, sino por encerrar una infinita posibilidad.

En conclusión y en resumen, a través de toda la trayectoria de esta extraña aventura, se hace evidente que la poesía es una tentativa perversa y malsana.

Es perversa porque el poeta se obstina en asir una presencia que se le escabulle, en retener un agua milagrosa que no toma la forma de ningún cuenco, en traducir un texto cuya clave cambia de código permanentemente. Es perversa porque es una tentativa tenaz, desesperada y desesperanzada, que se vuelve a recomenzar después de cada frustración. Ya que eso es cada poema si lo comparamos con esa inmersión en lo absoluto que es su lugar de origen: un objeto inacabado, apenas un reflejo elusivo en un azogue avaro, apenas una opaca cartografía de un viaje deslum-

brante, apenas la aproximación a un centro que siempre se sustrae. Como en el mito de Sísifo con su invencible piedra, o como en aquella condena que Gómez de la Serna imaginaba para Lautréamont, cuyo blasfemo canto III Dios rompía, implacable, sin haberlo leído, enviándolo a escribirlo de nuevo cada día, el poeta debe recomenzar otra vez su interrumpido e interminable poema, su precario puente entre lo perdurable y lo momentáneo. Es un curioso acto de fe el de esta afirmación que lleva implícita gran parte de negación, el de este misterio de amor que nos lleva a ligarnos incondicionalmente a lo que nos ha venido, por más que, como bien lo expresó Jean Paulhan, el poema sea también como un soplo de aire puro que nos llega después de haber estado a punto de perder el aliento, o como un poco de salvación en el fondo de la pérdida, o como el alivio de haber salvado el lenguaje después de haberlo expuesto al mayor de los peligros.

Dije que la poesía es una tentativa perversa y agregué que es una tentativa malsana. Y lo es, porque, como hemos visto, el poeta se expone a todas las temperaturas, desde la del hielo hasta la de la calcinación; soporta tensiones opuestas, desde la exaltación hasta el aniquilamiento; camina sobre tembladeras; se sumerge en profundidades contaminadas por todas las pestes del silen-

cio y la palabra; transgrede las leyes de la gravedad y del equilibrio; pasa del vértigo hacia arriba a la caída en el espacio sin fin; encarna con perplejidad en cuerpos ajenos; padece asfixias y amenazas de desintegración, mientras permanece unido al seguro lugar de su diaria existencia sólo por un hilo que adquiere por momentos la fragilidad de lo imaginario.

¿Y para qué? ¿Para qué sirve este oráculo ciego, este guía inválido, este inocente temerario que se inclina a cortar la flor azul en el borde de los precipicios? Reduciendo al máximo su misión en este mundo, prescindiendo de su fatalidad personal y de sus propios fines, y limitando su destino al papel de intermediario que desempeña frente a los demás, aun sin proponérselo y por antisocial que parezca, diremos que ayuda a las grandes catarsis, a mirar juntos el fondo de la noche, a vislumbrar la unidad en un mundo fragmentado por la separación y el aislamiento, a denunciar apariencias y artificios, a saber que no estamos solos en nuestros extrañamientos e intemperies, a descubrir el tú a través del yo y el nosotros a través del ellos, a entrever otras realidades subyacentes en el aquí y en el ahora, a azuzarnos para que no nos durmamos sobre el costado más cómodo, a celebrar las dádivas del mundo y a extremar significaciones, ¿por qué no?, cuando la exageración abarca la verdad.

"Con sol en Piscis y ascendente en Acuario, y un horóscopo de estrategia en derrota y enamorada trágica, nací en Toay (La Pampa), y salí sollozando al encuentro de temibles cuadraturas y ansiadas conjunciones que aún ignoraba." Con estas palabras comienza sus "Anotaciones para una autobiografía" Olga Orozco (1920), creadora de una obra que ocupa uno de los primerísimos lugares en la poesía latinoamericana. El ensayo que publicamos, tomado del original, figura con algunas variaciones en un reciente libro, excelente puerta de acceso a su universo poético: Páginas de Olga Orozco seleccionadas por la autora, editado por Celtia en la colección Escritores Argentinos de Hoy.

JORGE EDUARDO EIELSON: *Reivindicación melancólica de Reinos*

El siguiente texto de Jorge Eduardo Eielson ha sido tomado de un divertido libro de crítica literaria escrito por un joven periodista peruano, Edgar O'Hara. Recordamos, de pronto, como movidos por una expansión simpática hacia nuestro origen: *Ultimo Reino* nació una noche de violencia y vigilia que culminó con el sorprendente hallazgo del último poema del libro *Reinos*. Ese poema termina con estas palabras: "...Nada / sino los puros aros naturales arden, / Nada sino el suave heliotropo favorece / la entrada lila de las bestias y el otoño / En el planeta. Yo quisiera que así fuera / La alta puerta que me aguarda tras el humo / De mi vida, como una grave dalia en pedestal / De piedra, o un esqueleto deslumbrado".

Eielson, que más tarde vio enfrentarse violentamente su lenguaje con su necesidad de expresión, tiene un maravilloso gesto de amor al decir que esa poesía desapareció "devorada por la conciencia". La cita completa es la siguiente:

"Entre conciencia e inocencia hay siempre una muralla que la poesía raras veces logra superar. Los poetas demasiado seguros de lo que es la poesía no son nunca buenos poetas. Pero la inocencia no impide la construcción de una poética. Es más, ella es el cemento que sostiene dicha construcción. Los poemas, las palabras, el lenguaje, con los cuales el poeta se va edificando a sí mismo, son por ello y al mismo tiempo, un desafío y una transgresión: como los enamorados y los niños, el poeta rehúsa todo acomodamiento o compromiso con el mundo exterior, con la sociedad en que vive. El será poeta tan sólo en la medida en que continúe obstinadamente en esta actitud. No se trata de romanticismo ni de "poetas malditos". Todo lo contrario: es su condición virginal, inocente, la que no encaja nunca en ninguna sociedad organizada. Dicho esto, recuerdo vagamente — ¡ha pasado tanto tiempo! — algunos instantes supremos, algunos desmayos, algunas noches centelleantes; algunas visiones crueles, en plena juventud, del tiempo que pasa, de la destrucción y de la muerte; algunas imágenes fastuosas que brotaban de mi alma y me hacían sollozar; algunas horas eternas con el ser amado y otras abandonado a mí mismo, roído por la desventura humana, por el fragor lejano —pero inmediato para mí— de la guerra y sus horrores. La poesía era todo para mí, entonces, como lo es todavía aunque gran parte de la divina inocencia de esos años haya sido devorada por la conciencia."

Ultimo Reino busca un lenguaje donde la belleza no esté confrontada con el sentido. Como esa búsqueda no tiene fin (porque la palabra representa un mundo también real), como un giro de aspas el poema irá transformándose siempre en algo desconocido. No interesa marcar un punto de referencia, sino marcas del tránsito.

Reivindicamos punto por punto cada uno de nuestros desatinos. La felicidad, finalmente, radica en otro mundo.

Víctor Redondo

EMETERIO CERRO

ORALINA – LA BRISTOL

Declaración a la Bristol

Oh humilde mujer que a la vera del mar de perfumado champú arrojas unsúes
Oh párvula inocente del golfo en su blandengue eres pata del pollo sin merengue
Oh infeliz en la feliz codorniz te dejan del pisotón los Pami acalambrados
Oh humilde a la bata mayor clavas en sombrilla que pilla las habas
Oh inocente cuando un pingüino insolente se arremuja de pieses ingüinas
Oh inocente cuando la gordura que es cordura posa su colmo
Oh inocente cuando la panza que es errante erupta las cocidas esperas
Oh inocente cuando los culos blandengues fenician las aires
Oh inocente cuando la vagancia que es sustancia eyucula su nuez
Oh inocente cuando las arenas de la verdad venidas fraguan la intemperie
Oh infinita cosquillas la mar como golondrina esquivada
Oh inmaculada cuando los lebreles pescados defecan
Oh inmaculada cuando la virgen en andas ingurgita sus pescaditos
Oh inmaculada al casino miras como tocino en lo rancio tiras
Oh inculada de la factura diaria

Oh hija del pasado

Oh hija del recuerdo

Eres Bristol como el raso de Alfonsina cuando a tu vera escapando el
Zapato mítico posó su talón arremetiste cuan condón en furia

Acalambrada

Eres Bristol pistola

Embraguetas en tu ir hacia allá o hacia aquí

Los leves unzúes pasan

Los humos

Las fragatas de acogotados horizontes

Un pendorchito de la insensatez

Un huno

A la Bristol se posternen

A la Bristol se relaman

Como chajaces con eruptos

De la espera que bien aman

Los hijos del padre Laguna

Los cuices del padre Laguna

Magna Bristol eras la rambla fulgurante del condeormaz de la mano

De san ciprés los tiempos te pasan como el agua

Los tiempos te pasan como el agua

Y agujeritos tienes

Son cogorzones de las madres focas

Esas madres focas corceles timbales clarines que al cielo claman

Focas que cuidan a Colón

Las focas o santa Bristol cuidan de la vejez tu cicatriz

Jamás esta Bristol será mancillada por la belleza

Jamás serás vapuleada por la torpe beldad

Jamás serás en la aparición

Desde el hueso de Hudson hasta la quinta de Verne pasaron

Quintana Carrión y Roca cuántos chamamés cuántos...

Y tú los miras en aguas

Enagua divina de la mar oseosa escuendes la mierdra que el sol exita

Enagua divina de la mar oseosa escuendes la mierdra que el sol exita

Enagua divina de la mar oseosa escuendes la mierdra que el sol exita

Afora muy lentamente, marcialmente.

ANDREA GUTIERREZ

TRAFICO

*La luz se está pudriendo; ya no quedan
designios,
nadie escucha en la piedra los sonidos
humanos donde la piedra ganó raíz
de carne.*

José Carlos Becerra

Una hoja en blanco, palabras en negro. Y entonces qué?
Nada concibe la nada reinante.
Observo la lentitud que me transporta,
significa deslizarse por el tobogán del miedo donde nadie llega;
cualquier posición equivale a la impotencia.

Frecuento la estéril lucha del mundo no escogido
y aquel que me niega el arribo.
¿Qué quiere decir "nunca"? ¿Cómo se traduce "tal vez"?
Ningún signo arriba a rescatar la ignorancia,
ella se vuelca con furia en los días que se pudren de juventud marchita,
se desvanece por la costura de lo ordinario la intuición de que muerte también
es vida
y cualquier cementerio alberga cunas para deficientes.

Desvarío impertinente. Quizás en este instante haya un hombre,
caminando ninguna calle, y piensa que es feliz,
¿abofetearlo en su fascinación? ¿rodearlo de parcas benignas
que lo conduzcan a su único destino?
La ausencia me provoca cuando tiendo mi archivo de incongruencias
y extraigo un pálido muestrario de muertos que no me pertenecen;
pero acosa el límite. ¿Hasta cuál de todos los suicidios es humano acariciar el
crimen?
El "léxico", ese monstruo con semblante de piedad que derrocha soberbia,
¿incrustarlo en el muro de la insignificancia?

Palabras agrupadas como bolsas de basura, desechos de un organismo que nunca
vio la luz,
no reconoce la oscuridad, tutora de su falacia.
Invalidez: imposibilidad de caminar. Ese fue el mensaje; entonces me retiré.
Se organiza el engaño, la mentira ostenta un manto que no le pertenece.
Una hoja en blanco ya no es tal, palabras en negro no son siquiera eso.
Un hombre de piedra es el eximio pensante.
La carne degenera, es incapaz de traficar ideas.

(A. G.: Buenos Aires, 1961. Inédita.)

EDUARDO MILEO
PERSONAS DE LA SOMBRA

al otro

I

zarpa
un tonto
parte
de todos

nace
en la piedra
la sierpe
concéntrica
circular del
caracol

somete las nubes
a tormento
para ver llover

mariposa
galeón de vela ancha se posa
cabeza en el calvario
del calor

espejos hay
que el agua
no se lleva

pongo
hongos
en su
boca de
loca

herida de
navaja
la
refracción

solo
seguir
cosiendo el borde
del agua

para formar cuadrados
une círculos
en ángulo

entre el norte
y la ausencia de norte
el fr
el venir

recomenzar
en un cofre
guardado el corazón

II

hablo del silencio
como el único posible
movimiento de las cosas
hecho el poema las vacía
en la cabeza rueda la eternidad

lucho en el fantasma
de otra lucha
cavo piedras en el aire

cuando nombro
la fuerza del pozo me arrastra
al pozo de sombra
en mí proyecta negro cuello
la cantidad
¿de quién huir si todo
es alguien?

si pierdo el habla
bajan las cosas
a su sitio seguro
yo siento
cómo el habla las condena
a eterno movimiento
entonces callo
y contemplo el silencio
que las mueve
todo se va
como las cosas
dejando atrás la piedra
de mi voz

¿qué teoría descubre
la quietud y
moviliza en armas su derrota?

miro el vidrio
se rompe: ¿la claridad?
quien está
en mí mira
mira
de mí

¿podría bajar
al pozo donde el habla
perece y surge el animal
de sus costillas?

alguien
que se mueve en el fondo del agua
respira
el signo inhabitado

cómo salgo del medio de la lengua
con las cosas intactas
sólo cosas
vacío mueve el centro
de lo invisible

quieta
sorda como una arboleda inventa
la palabra quieta
estalla en
su risa

¿qué soy
si el pozo me detiene?
¿la razón que mueve lo oscuro?
sangro
mi sangre se tizna
de negro
de neón es el ojo del fuego

* * *

arde
ausente

parte
refugio las
palabras
rebotan
en el hueco

* * *

la voz antecede
a la palabra y quiebra
su látigo arbitrario
cada imagen reparte

a Lezama

a las damas inmóviles
estampas de su cuerpo

* * *

proteger
de mi
tarea
muda
la palabra

* * *

huye del sentido que crece
la noche artificial
la luna se ha dormido en la palabra
y su reflejo en el agua no dice
más que luna
la banda de gitanos
abre sonido a los colores
y el carromato
vacío
transporta la cabeza

(de su libro *Tiendas de campaña*,
Trocadero, 1985.)

Ediciones Ultimo Reino

Mario Morales
LA CANCION DE OCCIDENTE
LA TIERRA EL HOMBRE EL CIELO
Pablo Narral
PARA UNA FIESTA NOCTURNA
Liliana Ponce
COMPOSICION
Víctor F. A. Redondo
HOMENAJES
CIRCE, CUADERNO DE TRABAJO
1979-1984
Guillermo Roig
SUENO DE METALES
TIEMPO DE METALES (en prensa)
Pablo E. Schugurensky
DIBUJOS 1980 - SERIE NOCTURNA
Carlos Schwartz
EL RITO Y EL DESEO
Mónica Tracey
CELEBRACION ERRANTE (en prensa)
Horacio Zabaljauregui
FRAGMENTOS ORFICOS
Diana Bellesi (ed.)
CONTESTAME, BAILA MI DANZA
(antología de seis poetas norteamericanas
contemporáneas)

Eduardo Alvarez Tuñón
LA MEMORIA Y EL VIENTO
Edgar Bayley
VIDA Y MEMORIA DEL DR. PI
Rogelio Bazán
ENTERRANDO MIS MUERTOS
Diana Bellesi
DANZANTE DE DOBLE MASCARA
Luis Benítez
MITOLOGIAS/LA BALADA DE
LA MUJER PERDIDA
Enrique Blanchard
SILUETA DE POLVO
FUNCION DEL VENTRILOCUO
IDOLO DE NIEBLA
Ana Becchú
POR OCUPARSE DE AUSENCIAS
Mirtha Defilpo
DESPUES DE DARWIN
MALEZAS (en prensa)
Mónica Giraldez
MONTAÑA SOBRE TRUENO
Enrique Ivaldi
ROSA DE RUINAS
Graciela Maturó
CANTO DE EURIDICE

Av. Juan B. Justo 3167 — 1414 - Buenos Aires
854 - 9982 / 855 - 3472

Ediciones de Poesía La Lámpara Errante

- Daniel Antoniotti
TREGUA DEL VIENTO
- Roberto Cignoni
MARGEN PURO
- Enrique Blanchard
EL FANTASMA Y SU LIMITE
- Arturo Mallmann
EL NOMADE
- William H. Nikiforos
CREPUSCULO Y RESURRECCION
- Kato Molinari
MIRADAS Y PEREGRINACIONES
- Jorge Warley
POEMAS 1979/1982
- Roberto Labandeira
ULTIMA LUCIDEZ
- Alicia Orsini
LOS OTROS FUEGOS
- Tamayo Riveros
SOLES
- Luis Eduardo Alonso
LA MAR
- Martha Vargas
DE ROPAJES Y FANTASMAS
- Nilda Leguizamón
RONDA
- Marta Prono
LOS ROSTROS DEL SILENCIO
- Claudia Schneider
AGUAS DE LA NOCHE
- Edgardo Gugliermetti
JARDINES BAJO LLAVE
- Pablo Ingberg
CANTO DE CENIZA
- Norma Pérez Martín
HUESPED DE LA MEMORIA
- Carla Isaak
RATEV
- Lía Berisso
SEÑORAS Y SEÑORES
- Sylvia Cagliolo
FRAGMENTOS DE UN ESPEJO
- Esteban Moore
PROVIDENCIA TERRENAL
- Pablo Ingberg
FLORES DE METAL
- Rubén Rechés
ARRABAL DE ESFERAS
- Pedro Soria
DE BUEYES PERDIDOS
- Guillermo Martínez Yantorno
TRENES A LO LEJOS
- Irene Marks
LA HERMANDAD GALACTICA
- Marta Olivieri
POEMAS INUTILES
- Gustavo Zappa
LA NOCHE AVANZA EN CIRCULOS
- Hilda Mans
LICENCIA AL INFINITO
- Emeterio Cerro
LAS AMARANTAS
- Irma S. Eidem
LA FUENTE DE LOS PAJAROS DE PIEDRA
- Alejandro Palermo
EL VIAJE QUE JAMAS TERMINA
- Marcelo Velisone
PRISMAS Y ECLIPSES
- Marcela Fernández Canedo
VECES DE VOCES VIDA Y VERANOS
- Cristina Mendiry
CASTILLOS CIRCENSES
- Edgardo Gugliermetti
ARBOL QUE ACECHA
CRIATURA DE NIEBLA
- Nasim Yampey
EL NIÑO QUE RABIO
MOCEDADES DE ALONSO QUIJANO
- Edna Pozzi
LA ULTIMA PALABRA NO LA TIENE
LA MUERTE
- Fernando Noy
EL PODER DE NOMBRAR
- Carlos Nuñez
CASI LA SOMBRA
- Mercedes Falcón
PAJAROS DE PAPEL
- Angela Fizzani
DESDE EL HUESO
- María Cristina Santiago
SOY EL LUGAR DE LAS APARICIONES

Av. Juan B. Justo 3167 — 1414 - Buenos Aires
854 - 9982 / 855 - 3472

NOTAS DE LOS AUTORES

SAINT-JOHN PERSE: Marie - René - Alexis Saint-Léger (el nombre Saint-John Perse no tiene ningún significado preciso, sólo procuró ocultar el verdadero a fin de no enturbiar las complejas negociaciones diplomáticas en las que representaba al gobierno francés, razón —además— por lo cual durante veinte años no permitió que se editen o reediten sus poemas), nació el 31 de mayo de 1887 —un año antes que Pessoa— en la isla Saint-Léger-les-Feuilles, cerca de Guadalupe, en el mar de las Antillas. Para evitar obviedades digamos simplemente que Eliot y Ungaretti lo llamaron “el mayor poeta del siglo”.

“Sequía” (*Sécheresse*), probablemente su último poema, fue tomado del libro *Lugar común la muerte*, de Tomás Eloy Martínez (Narradores Argentinos de Hoy, Brujuna Argentina, 1983), y la traducción (realizada por T. E.M. y Gloria Alcorta) “no es —según el mismo Perse— indigna del original”.

HORACIO ZABALJAUREGUI: Nació en América, provincia de Buenos Aires, en 1955. Publicó *Fragmentos Orficos* (Ediciones Ultimo Reino, 1982).

GUILLERMO ROIG: Nació en Buenos Aires en 1955. Publicó *Sueño de metales* (Ediciones Ultimo Reino, 1983). Residió en Barcelona, España, entre 1976 y 1984.

ENRIQUE BLANCHARD: Nació en Buenos Aires en 1944. Publicó: *El fantasma y su límite* (Ediciones La Lámpara Errante), *Siluetas de polvo* (Ultimo Reino), *El disfraz del cuerpo*

(R. Alonso), *Función del ventrílocuo e Idolo de niebla* (ambos de Ultimo Reino).

DIANA BELLESSI: Nació en Zavalla, provincia de Santa Fe, en 1946. Publicó: *Destino y propagaciones* (1970), *Crucero ecuatorial* (1981, reeditado en 1983), *Tributo del mudo* (1982), *Contéstame, balla mi danza* (antología de seis poetas norteamericanas contemporáneas, selección, traducción y notas) y *Danzante de doble máscara* (1985, los dos últimos publicados por Ultimo Reino).

ALVARO MUTIS: Nació en Bogotá, Colombia, en 1923. Cursó sus primeros estudios en Bélgica y actualmente reside en México. Es uno de los grandes poetas que Latinoamérica ha dado en los últimos tiempos. Ha publicado: *La balanza* (1947), *Los elementos del desastre* (1953) y *Los trabajos perdidos* (1961). La totalidad de su obra poética se publicó en 1973 con el título de *Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía 1948-1970*. Tiene dos libros de narrativa: *Diario de Lecumberri* (1960) y *La mansión de Araucaima, novela gótica de tierra caliente* (1976). Si bien conocíamos su obra desde hace largo tiempo, estos poemas y datos fueron tomados de la antología *Poesía Colombiana 1880-1980. Una selección*, preparada por Juan Luis Panero y publicada por Ediciones Nacionales Círculo de Lectores, Bogotá, Colombia, 1981.

AMERICO CRISTOFALO: Nació en Buenos Aires en 1954. Publicó: *La parte de la sombra* (Editorial Trilce, Barcelona, 1984). Residió en España entre 1976 y 1984.

Ediciones de la Serpiente

Valentín Cricco, Nora Fernández,
Nilda Paladino, Nidia Piñeyro
MARECHAL, EL OTRO

Pablo De Santis
ESPACIO PURO DE TORMENTA

Emeterio Cerro
TEATRALONES

Av. Juan B. Justo 3167 — 1414 - Buenos Aires

854 - 9982 / 855 - 3472

LIBROS RECIBIDOS

María Cristina Santiago: *Soy el lugar de las apariciones*, Mercedes Falcón: *Pájaros de papel*, Angela Fizzani: *Desde el hueso*, Edgardo Gugliermetti: *Arbol que acecha y Criatura de niebla*, Nasim Yampey: *El niño que rabió y Mocedades de Alonso Quijano, el bueno*, Marta Oliveri: *Poemas inútiles*, Edna Pozzi: *La ultima palabra no la tiene la muerte*, Fernando Noy: *El poder de nombrar*, Carlos Nuñez: *Casi la sombra* (todos de Ediciones de Poesía La Lámpara Errante) — Jorge Ariel Madrazo: *Blues de muertevida*, Raúl Gustavo Aguirre: *La estrella fugaz* (recopilación póstuma a cargo de Antonio Requeni y Daniel Chirom), Enrique Puccia: *Itinerarios y regresos*, Juan Gelman: *La Junta Luz (Oratorio a las Madres de Plaza de Mayo)*, Vicente Zito Le-
 ma: *Mater*, Joaquín Giannuzzi: *Violín obligado*, María Negroni: *De tanto desolar*, Víctor Redondo: *Poemas a la maga/Homenajes* (todos de Libros de Tierra Firme) — Daniel Samoilovich: *El mago y otros poemas* (De la Flor) — Benjamín Alonso: *Teoría de la derrota* (El Lobizón) — Maurice Blanchot: *La locura del día* (Pygmalion) — Jorge Dipré: *Hacia arriba* (El Heresiarca & Cía.) — Pascual Noel Antares: *Natural* y Carlos Alberto Marcaida: *Prisiones y fugas* (ambos de Ediciones del Núcleo, Junín) — Patricia Coto: *Libro del espejo ardiente* (Axis Mundi) — Carlos E. Berbeglia: *Ráfagas de luna* y *Tardes en el paisaje* y *Hombre* (de Fundación Argentina para la Poesía) — Carlos Piccioni: *El sueño de las lluvias* (La Cachimba) — Alicia A. Zoppi: *De la vida* (Salido, Junín) — Hugo E. Stangalini: *De cara al sol* (Ed. del Grupo Roberto Arlt) — Mirta Ferrari: *El decir poético de Jaime Dávalos en la receptividad del intérprete* y Norma Pérez Martín: *Aproximación a la poética de Miguel Angel Bustos* (Cuadernos 18 y 19 del Centro de Estudios Latinoamericanos) — Norma Pérez Martín: *Animal desterrado*, Nené D'Inzeo: *Las marionetas vuelven de la guerra*, Marta A. Gangeme: *Las voces del silencio*, Carlos M. Busignani: *Cantos de ceniza* (los cuatro de Ediciones Botella al Mar) — Edelweis Serra: *Los nombres de la poesía* (Cuadernos Aletheia) — Rosario, cinco poetas que difunden la cultura: Rosenberg, Vila Ortiz, Calgario, Isaías, Santillán (El Búho Encantado) — Ana Pagano Apollonio: *Viento del ámbar* (Del autor) — Agustín Tosco: *Presente en las luchas obreras* (CEFS) — César E. Cantoni: *Linaje humano* (Acta Literaria, La Plata) — Adelina Lo Bue: *Línea de fuego* (Marymar) — Gladys N. Casco Bouchet: *En el territorio de la piedra y el sueño* (Fundación Argentina para la Poesía) — Eduardo Miretti: *La misma piedra* (Ediciones Casa del Poeta, Rosario) — Jorge Isaías: *Crónica gringa* (La Cachimba) — Pablo Strukelj: *Tres muertes indistintas y otros cuentos* y *Panorama de la poesía comodorense* (Fondo Editorial Canal 9, Comodoro Rivadavia) — Victorio Lichy: *Entre fuegos y sonidos*, Marcos Silber: *Historias del Oeste* (ambos de Setiembre Literario) — Eduardo Dalter: *Versus* (Ediciones del Río de la Plata) — Angelina Coicaud: *El rey de la Patagonia* (Pro-Cultura, Comodoro Rivadavia) — César Bandin Ron: *Plástica argentina. Reportaje a los años 70* (Corregidor) — Jorge Smerling: *Bombardeo en las siestas vecinas* (Fundación Argentina para la Poesía) — Azucena R. Salpeter: *El pescador de sombras* (Del autor, La Plata) — María Julia De Ruschi Crespo, Ricardo H. Herrera y J. G. Cobo Borda: *Usos de la imaginación*, Cecilia Vicuña: *Palabrarmas*, Francisco Madariaga: *Una acuarela móvil* (los tres de El Imaginero) — Amalia Mercedes Abaria: *Del lado de la vida* (Ed. Señal en el alba) — Reynaldo Sietecase: *La dictadura del pan y otras urgencias* (Del autor, Rosario) — Daniel Gort: *Con palabras* (Ed. Lámpara Verde) — Valentín Cricco, Nora Fernández, Nilda Paladino y Nidia Piñeyro: *Marechal, el otro* (Ediciones de la Serpiente) — Graciela Maturo, Sixto Reyes, Jorge Foti, Mario Ingénito, Bernardo Chiesi, María Rosa Lojo: *Ernesto Sábato en la crisis de la modernidad* (CELA/Fernando García Cambeiro) — Fernando Kofman: *Poesía entre dos épocas (Argentina 1976-83/Inglaterra 1930-39)* (Satura) — Evelyne Furstenberg: *En mi ciudad natal* (Sitio del Silencio) — José Andres Rivas: *Alrededor de la obra de Jorge Luis Borges* (Fernando García Cambeiro) — Alejandro González Gattone: *Poesía* (Ed. de los amigos del poeta y FNA) — Catherine Millot: *Exsexo. Ensayo sobre el transexualismo* (Catalogos-Paradiso) — Rafael San Martín: *Opus triste. Poemas de la sangre derramada* (El Sol y Asociación Ex-Presos Políticos y Gremiales) — Beatriz Ventura: *El ojo ajeno* (Grupo Editor Latinoamericano) — Walter Adet: *La casa donde soy* (Círculo Médico de Salta, con ilustraciones de Antonio Yutronic) — Kuraiem: *Presagios de guerra*. (Del Autor) — Jorge Castañeda: *Sentir patagónico* (Amaru) — Oche Califa: *Tres mujeres* (Del Autor) — Javier Cofreces: *La fiebre tesa* (Trocadero).

REVISTAS RECIBIDAS (Hasta el 2 de junio de 1985):

La danza del ratón 6 (Pje. Renacimiento 2791; 1278-Buenos Aires) — *Escrita* 6 (Av. Colón 767, 1ro. E; 5000-Córdoba) — *Barrial* 1 y 2 (Ayacucho 193, 7mo. Of. B; 5000-Córdoba) — *Mascaró* 2 (CC 17 Suc. 8; 1408-San Martín, Pcia. Buenos Aires) — *Amaru* 18 (Casilla de Correo 33; 1824-Suc. Lanús O.) — *Metafrasta* 5 (Ciudad de la Paz 394; 1426-Capital) — *Nueva Sión* 19 y 20 (Junín 265; 1026-Capital) — *Maldoror* 4 (25 de Mayo 60, 3o. G; 6000-Junín, Buenos Aires) — *Memoria & Balance* 7 y 8 (C. C. 202, Suc. 12 B; 1412-Capital) — *El poeta manco* 5 (Laprida 1272, 2do. 17; 2000-Rosario) — *Al sur del cielo (La fiera canta)* 1 (Bv. Oroño 849, 4to.; 2000-Rosario) — *Cortatopacios* 6/7 (Av. J. A. Roca 1650; 1686-Hurlingham, Bs. As.) — *Teatro* 1 (Paso 156, 2do. piso; 1031-Capital) — *Proemio* 3 (Junín 1223; 3400-Corrientes) — *Nudos* 14 (Casilla 3424; 1000-Correo Central, Bs. As.) — *La tabla redonda* 2 (Rincón 110, 3ro.; 1081-Capital) — *Rayos de Sol* 5 (Blanco Encalada 4225; 1430-Capital).

LIBROS RECIBIDOS DEL EXTERIOR

José Antonio Cedrón: *De este lado y del otro* (Colección Ficciones, Editorial Universidad Autónoma de Puebla, México) — Antonio Zamora: *Poema tubular* (Grupo Ahora, Barcelona, España) — Humberto Díaz-Casanueva: *La aparición* (Ediciones Contextos, Caracas, Venezuela) — Marcelino Reyes: *29 Poemas* (Ed. Autor, Barcelona, España) — Mario Romero: *La otra lanza* y Roberto Mascaró: *Chatarra/Campos* (ambos de Siesta, Estocolmo, Suecia) — Ramón Reig: *Ciudad de silencio* (Ed. Autor, Sevilla, España) — Gladys Castelvechi: *Fe de remo* (Ed. de la Banda Oriental, Montevideo, Uruguay) — Teresinka Pereira: *La alegría está en huelga* (Backstage Books, Colorado, USA) — José Ramón Medina: *Certezas y Presagios* (PEN Club, Venezuela) — Rubén Vela: *Crecer en libertad* (Separata de Cuaderno Azor, Barcelona, España) — Mauricio Xavier: *Minas* (Poesía Hoje, Folha de Viçosa, Minas Geraes, Brasil) — Luis M. Villar: *Plasmador* (Slusa, New Jersey, USA) — Julián Gustems: *Desde que papá no está en casa* (Ed. Autor, Barcelona, España) — Américo Cristóbal: *La parte de la sombra* (Trilce, Barcelona, España) — Javier Lentini: *Diccionario Perpetuo* (Col. Esquíu de Poesía, El Ferrol, España) — Orlando Jimeno-Grandi (poemas) y José San Martín (grabados): *Mandrágora* (Territoires, París, Francia) — Juan Luis Panero: *Poesía Colombiana 1880-1980. Una selección.* (Círculo de Lectores, Bogotá, Colombia) — Rafael Pombo: *18 Poemas* (Colcutura, Bogotá, Colombia) y también de Colombia, de la Colección Literaria de la Fundación Simón y Lola Guberek, los siguientes autores y títulos: Santiago Loudoño: *Delirio del inmortal*, Miguel Iriarte: *Doy mi palabra*, Ramón Cote: *Poemas para una fosa común*, Rafael del Castillo: *Canción desnuda*, Jaime Jaramillo Escobar: *Los poemas de la ofensa* y Pedro Gómez Valderrama: *Los infiernos del jerarca Brown*.

REVISTAS RECIBIDAS DEL EXTERIOR

DE VENEZUELA: *Imagen* 100 (Conac, Caracas); *Ko-Eyú* 34 (Apartado de Correos 18164, Caracas 1012-A). DE MEXICO: *Plural* 158 (Reforma 12-505, Centro, Deleg. Cuauhtémoc, 06600 México 1, D.F.); *Diálogos* 120 (El Colegio de México, Camino al Ajusco 20, 01000 México, D. F.) DE COSTA RICA: *Repertorio Americano* (Universidad Nacional, Instituto de Estudios Latinoamericanos, Apdo. 86, Heredia). DE CHILE: *Contramuro* 12 (Casilla 5667, 2 Correo, Santiago); *Lonquen* 7 (Organismo del Partido Socialista, 24o. Congreso). DE HONDURAS: *Estiquirín* 3 (Apartado Postal 1047, Tegucigalpa, D. C.) DE ESTADOS UNIDOS: *Hispanic Journal* Vol. 5, Nos. 1 y 2 (Dept. of Foreign Languages, 464 Sutton Hall, Indiana University of Pennsylvania, Indiana, PA 15705); *Chasqui* XII 2 y 3 (Canje: Howard Fraser, Dept. of Modern Languages, College of William and Mary, Williamsburg, Virginia 23185). DE ESPAÑA: *Hora de Poesía* 34-35 (Virgen de la Salud, 78, Barcelona 08024); *Pliego de Murmurios* 21 a 33 (Portugal 81, 4to. 1, Sabadell, Barcelona). *Kimuak* (Luis Petralanda 6, 5to. A, Basauri, Euskal Herria). *Empireuma* 1 (Lavatorio 1, 2do. Dcha., Orihuela, Alicante). *Manxa* 25 (General Rey 10, Bloque IV, 1ro. D, Ciudad Real). *Poesía para el viento* V (Topacio 10, 3ro. 2a., Rubí, Barcelona). DE HOLANDA: *América Joven* 37 a 41 (Postbus 23367. 3001 KJ Rotterdam). DE ISRAEL: *Ciclo*

(Alfil Editorial, P.O.B. 10259, Tel Aviv 61110); *Alef* 1 y 2 (P.O.B. 36496, Tel Aviv 61364); *Shalom* (P.O.B. 13006, Jerusalén). DE SUECIA: *Saltomortal* 6 y 7 (Bondegatan 64, II, 11633 Estocolmo). DE FRANCIA: *Territoires* (5, Allée d'Ermenonville, 91 300 Massy, CCP Paris 15 084 63 P.) DE BELGICA: *Courrier du Centre International d'Etudes Poétiques* 159 al 165 (Bibliothèque Royale, Bd. de l'Empereur 4, B-1000 Bruxelles). DE BRASIL: *Dimensao* 10 (Rua Arthur Machado, 75; Conjunto 1/3; Caixa Postal 140; Uberaba, Minas Geraes, 38100 Brasil). DE PUERTO RICO: *Mairena* 17 (Himalaya 257, Urb. Monterrey, Río Piedras, Puerto Rico 00926).

DISCULPANDONOS porque la falta de espacio no nos permitió en este número dar una muestra más amplia de la actual poesía argentina, queremos dejar nuestro agradecimiento por manuscritos, plaquetas, cartas, olvidos y motivos varios para: Miguel Machalski (París), Pedro Albertelli, Jorge Consiglio, Emma Barrandeguy (Gualeguay), Jorge Dipré (Rosario), Iván Treskow (Stains, Francia), Trinidad Blanco de García (*Il Nuovo, Vecchio Stil*, Hoja de Poesía Italiana; W. Paunero 505, 5000-Córdoba), Elisa Molina y Mary Calviño (*La Poesía Traducida*—Ungaretti y Sylvia Plath—; Lino Spilimbergo 3814, 5009-Córdoba), Mercedes Falcón, Marta Zamarripa (Concordia), Julio Oscar Peralta, Roberto Aguirre Molina —va maga—, Oscar Baldomá y Pablo Beker (*Primer Manifiesto Arte Heresiarca*; Terrero 1395 'B', 1416-Buenos Aires), F. de Haes (*Centre International D'Etudes Poétiques*), Florencia Martínez, Héctor Rosales (Barcelona), Gabriela De Cicco (Rosario), Jorge Miguel Lech (su ensayo "La poesía como deseo común", desde Nueva York), Carlos Barbarito, Gru-Po-Esía 4 (Invierno, Zemborain, Mársico, Avolio; C.C. 3616, 1000-Buenos Aires), Harold Alvarado Tenorio (su ensayo "Una generación desencantada: Los poetas colombianos de los años setenta"; Marymount Manhattan College, Nueva York), Carlos Vitale (su plaqueta *Variaciones* y traducciones de la italiana Rosita Copioli, Barcelona), Alvaro Marcelo Costa (Radio Nacional, Santa Rosa, Córdoba), Cheryl J. Block (Chapell Hill, N.C., USA), Azucena R. Salpeter (Tolosa), Jorge Infusino, Hugo Caamaño, María Ester Lucero Saá, Jorge Carlos Grant Petrella (¿Carlos Rivarola?, Barcelona), Jorge Reborado (*Biografías*), Paul Cornelison (St. John's University, Minnesota, USA), Julia Romero, Beby Pereyra Gez, Manuel Carrasco Mercado (Madrid, España), Rolando Revagliatti, Shlomo Har-Paz, "La ramera" (Hoja voladora de poesía; Laprida 1272, '2', 17, 2000-Rosario), Revista Cultural-Ecológica "Nirvana Populi" (Ctra. Villacastín, 16-1ro. G, 40006-Segovia, España), Manuel González Alvarez (Madrid, España), Pablo Strukelj (Comodoro Rivadavia), Luis M. Villar (Washington, USA), M. Gutiérrez de la Fuente (Tanger, Marruecos), Alfredo Remersaro (Luján), Osvaldo Aguirre (Rosario), Pablo Kersner, Rosana Ortelli y Silvia Marcucci, Sebastián de Mauricio ("La pajarita de papel", Joigny, Cedex, Francia), Juan Carlos Moisés (Chubut) y Roberto Faggiani.

Un agradecimiento especial para Juan Luis Salvi, Beatriz Giambattista, Adalberto Polti, Martha Lidia Artigas, Gustavo Zappa, Carmen Bruna, Daniel Antoniotti, Claudia Mariana Varela, Carlos Enrique Berbeglia, Jorge Ariel Madrazo, Antonio Moro (Córdoba), Adelina Lo Bue (Mendoza), Edelweis Serra (Rosario) y Carlos Piccioni (Rosario).

El próximo número aparece en noviembre de 1985.



La mayoría de la gente se enferma de no saber decir lo que ve o lo que piensa. Dicen que no hay nada más difícil que definir con palabras una espiral: es preciso, dicen, hacer en el aire, con la mano sin literatura, el gesto, ascendentemente enrollado en orden, con que esa figura abstracta de los muelles o de ciertas escaleras se manifiesta a los ojos. Pero, siempre que nos acordemos de que decir es renovar, definiremos sin dificultad una espiral: es un círculo que sube sin conseguir cerrarse nunca. La mayoría de la gente, lo sé bien, no osaría definir así, porque supone que definir es decir lo que los demás quieren que se diga, que no lo que es preciso decir para definir. Lo diré mejor: una espiral es un círculo virtual que se desdobra subiendo sin realizarse nunca. Pero no, la definición es todavía abstracta. Buscaré lo concreto, y todo será visto: una espiral es una serpiente sin serpiente enroscada verticalmente en ninguna cosa.

Toda la literatura consiste en un esfuerzo por tornar real a la vida. Como todos saben, hasta cuando hacen sin saber, la vida es absolutamente irreal en su realidad directa; los campos, las ciudades, las ideas, son cosas absolutamente ficticias, hijas de nuestra compleja sensación de nosotros mismos. Son intransmisibles todas las impresiones salvo si las convertimos en literarias. Los niños son muy literarios porque dicen como sienten y no como debe sentir quien siente según otra persona. Un niño, al que una vez oí, dijo, queriendo decir que estaba al borde del llanto, no "tengo ganas de llorar", que es lo que diría un adulto, es decir, un estúpido, sino esto: "Tengo ganas de lágrimas". Y esta frase, absolutamente literaria, hasta el punto de que resultaría afectada en un poeta célebre, si él la pudiese decir, alude decididamente a la presencia caliente de las lágrimas rompiendo en los párpados conscientes de la amargura líquida. "¡Tengo ganas de lágrimas!" Aquel niño pequeño definió bien su espiral.

¡Decir! ¡Saber decir! ¡Saber existir por medio de la voz escrita y la imagen intelectual! Todo esto es cuanto la vida vale: lo demás es hombres y mujeres, amores supuestos y vanidades falsas, subterfugios de la digestión y del olvido, gentes que se agitan, como bichos cuando se levanta una piedra, bajo el gran pedrusco abstracto del cielo azul sin sentido.

Fernando Pessoa